EDITORIAL STO

KEVIN A. CARSON

# EL PUÑO DE HIERRO

## TRAS LA MANO INVISIBLE

# EL PUÑO DE HIERRO

## TRAS LA MANO INVISIBLE

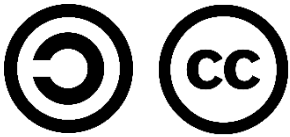
KEVIN A. CARSON

**TRADUCCIÓN ORIGINAL:**

INNISFREE

**DISEÑO:**

SIMÓN OCAMPO



EDITORIAL
STO

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN POR SIMÓN OCAMPO ..... **5**
ESTUDIO INTRODUCTORIO POR VÍCTOR L. ..... **6**
PRÓLOGO POR KEVIN A. CARSON ..... **14**
EL PUÑO DE HIERRO TRAS LA MANO INVISIBLE ..... **16**
**1.** INTRODUCCIÓN ..... **16**
**2.** LA SUBVENCIÓN DE LA HISTORIA ..... **18**
**3.** EL DOMINIO IDEOLÓGICO ..... **32**
**4.** EL MONOPOLIO DEL DINERO ..... **37**
**5.** EL MONOPOLIO DE LAS PATENTES ..... **45**
**6.** INFRAESTRUCTURAS ..... **53**
**7.** KEYNESIANISMO MILITAR ..... **57**
**8.** OTRAS SUBVENCIONES ..... **59**
**9.** REPRESIÓN POLÍTICA ..... **63**
**10.** CONCLUSIÓN ..... **68**

JERARQUÍA O MERCADO ..... **71**
**1.** CENTRALIZACIÓN SUBSIDIADA ..... **74**

**2.** MERCADO EN EL EXTERIOR, PLANIFICACIÓN EN EL INTERIOR ..... **76**

**3.** CAMBIO REVOLUCIONARIO ..... **80**

# INTRODUCCIÓN

SIMÓN OCAMPO

Kevin Carson se ha convertido en los últimos años en uno de los autores libertarios más peculiares y originales: como lector autodidacta, se ha nutrido de diversos autores libertarios tanto en materia política como económica, así como anarquistas clásicos y pensadores del ala izquierdista, trayendo a colación autores olvidados como Proudhon o Tucker, y revitalizando la tradición mutualista del siglo XIX con nuevos aportes teóricos y analíticos.

Siguiendo esta línea de pensamiento, y de manera consistente con sus postulados, Carson se encarga de analizar de manera histórica los orígenes del capitalismo, y cómo este se sostiene a día de hoy, concluyendo con ideas bastante chocantes y ruidosas para muchos, pero que mantienen rigurosidad: que en el fondo, el sistema actual está lejos del ideal del libre mercado, y que por contraposición existe una asociación oscura e inmoral entre la clase gobernante y las grandes corporaciones, siendo este un sistema de privilegio y de explotación continua, alejado del ideal genuino de libertad y organización cooperativa y voluntaria.

Simón Ocampo, 22 de junio de 2021. La Plata, Argentina.

# ESTUDIO INTRODUCTORIO

VÍCTOR L.

En abril de 1908, un incendio consumía la extensa y cuidada librería personal de Benjamin Tucker, al mismo tiempo cuartel general de Liberty, el legendario periódico del mutualismo norteamericano. Se había publicado casi sin interrupción desde 1881, y en su mayor esplendor había llegado a contar con 60 colaboradores y varios miles de subscriptores a lo largo y ancho del país, dotando de lustre a un movimiento que se nutría del proudhonismo francés y de la tradición individualista autóctona, y que contaba con la simpatía de una minoría numerosa e ilustrada compuesta de intelectuales individualistas, "pequeños propietarios heréticos" y obreros organizados en las ciudades del Noreste y del Medio Oeste. Tocado, sin embargo, por el trágico incendio de su gran centro de producción intelectual y por la emigración a Francia de su cabeza más visible, Benjamin Tucker, el mutualismo terminaría sucumbiendo al paso de los colectivismos, las Guerras Mundiales y la Gran Depresión.[1]

Habría que esperar hasta la bomba intelectual de Kevin A. Carson, publicada en 2001 bajo el título The Iron Fist Behind The Invisible Hand, para que el mutualismo despertara de su letargo y reivindicase su legítimo lugar en el panorama de las ideologías políticas. Lejos del tipo de intelectual académico habitual en los think tanks liberales, Kevin A. Carson es, como dijera Marx de Proudhon, "no sólo la voz

[1] Para una radiografía del mutualismo clásico norteamericano, véase mi artículo: Logos, Víctor (2014). El anarquismo individualista en Estados Unidos. Zodaxa, volumen 1, número 1.

del proletariado americano, es él mismo un proletario". Nativo de Arkansas, ha compaginado durante años su profesión de enfermero con el estudio autodidacta de los grandes clásicos de la economía y de la política hasta convertirse hoy en uno de los intelectuales libertarios vivos más influyentes.[2] Le descubre su lenguaje sencillo y a veces tosco, muy alejado del estilo frío y distante del intelectual académico que contempla el mundo desde la ventana de su despacho. Pero esto no es óbice para menospreciar sus contribuciones al pensamiento libertario. Su primera publicación en formato libro, Studies in Mutualist Political Economy (2004), alcanzaría tal notoriedad que el Journal of Libertarian Studies dedicaría en 2006 un número completo de sus volúmenes al debate de sus ideas. Acerca de su segunda obra, Organization Theory (2008), incluso un libertario conservador como Sean Gabb llegaría a decir que "Kevin Carson ha escrito uno de los libros más considerables que el movimiento libertario ha visto en años",[3] mientras que Keith Preston afirmaba simple y llanamente que Carson es "el Proudhon de nuestro tiempo".[4] Posteriormente, Carson ha escrito un libro titulado Homebrew Industrial Revolution (2010) y está en proceso de publicar otro, The Desktop Regulatory State. Más allá de esto, desde 2008 colabora como articulista e investigador principal para el Center for a Stateless Society, y uno de sus ensayos, The Distorting Effects of

[2] Datos tomados en conversaciones personales por correo.

[3] Véase la reseña completa en inglés aquí (accedido a 28/04/2014): https://libertarianalliance.wordpress.com/2009/06/17/review-by-sean-gabb-of-kevin-carsonsorganization- theory/

[4] Aparecido en la contraportada de CARSON, KEVIN., Organization Theory: A Libertarian Perspective, Booksurge, 2008.

Transportation Subsidies, ha recibido en 2011 el premio de escritura económica que concede anualmente la revista de referencia Freeman.

Casi un siglo después del incendio de Liberty, Kevin Carson no trata sólo de desempolvar las viejas enseñanzas de Proudhon o de Tucker, sino de renovar profundamente el mutualismo de acuerdo a los cambios en la sociedad y a los avances científicos desarrollados a lo largo de todo el siglo XX. Los mutualistas del siglo XIX consideraban que la obscena concentración de la riqueza en pocas manos, los trusts industriales y la miseria de los trabajadores se debían, no al libre mercado, sino a la intervención del Estado en beneficio de la clase capitalista. En concreto, consideraban que existían cuatro grandes monopolios sobre el dinero, sobre el comercio internacional a través de los aranceles, sobre las ideas a través de las patentes y sobre la tierra. Como apuntaba genialmente Benjamin Tucker:[5]

> "No es la competencia, sino el monopolio, lo que priva al trabajo de su producto. [...]. Destruya el monopolio bancario, establezca la libertad en las finanzas, y el interés sobre el dinero caerá a través de la influencia benéfica de la competencia. El capital será liberado, los negocios florecerán, se formarán nuevas empresas, el trabajo será demandado, y gradualmente los salarios subirán hasta equipararse con su producto. Y sucede lo mismo con otros monopolios. Suprima los aranceles, no conceda más patentes, derribe las barreras sobre la tierra desocupada, y el trabajo correrá inmediatamente para tomar posesión de lo que es suyo."

No obstante, Benjamin Tucker terminaría considerando al final de su vida que las grandes empresas habían cobrado una dimensión tan

[5] TUCKER, BENJAMIN, Why I Am An Anarchist, 1892, disponible en inglés aquí (accedido a 28/04/2014): http://praxeology.net/BT-WIA.htm

colosal que ni siquiera la abolición total de los cuatro monopolios sería capaz de revertir.[6] Este pesimismo explica por sí solo la decadencia del mutualismo conforme nos adentramos en el siglo XX, cuando muchos de sus partidarios caerían en el desaliento o bajo el hechizo de las ideologías colectivistas. Los análisis de Kevin Carson, al profundizar en el estudio de la intervención estatal, nos han permitido superar al mismo tiempo estas visiones reduccionistas y fatalistas del mutualismo clásico; lo que subyace detrás del predominio de la gran empresa moderna no son sólo los cuatro monopolios tuckeritas, sino una combinación más compleja de diferentes regulaciones, impuestos y subvenciones. Los dos ensayos que publicamos en esta edición, El puño de hierro detrás de la mano invisible y Jerarquía o mercado tratan precisamente de esa cuestión: Carson observa que, si bien en apariencia vivimos en una sociedad de mercado, la intervención del Estado distorsiona sistemáticamente el tamaño y la jerarquía de las empresas, la posición de los trabajadores y la distribución de la riqueza, a veces de un modo tan sutil y tan velado que sólo un estudio sosegado puede descubrirlo.

El primero de los ensayos, El puño de hierro detrás de la mano invisible, pretende, como decíamos, analizar el capitalismo históricamente existente como un producto de la intervención estatal. Debemos tener en cuenta que fue publicado en 2001, tres años antes de su primer escrito con cuerpo de libro; en el fondo es un esbozo de las ideas, mucho más extendidas y elaboradas, que plasmará en Studies in Mutualist Political Economy (2004). Como reconoce el propio Carson en el prólogo a esta edición española, en

[6] Véase el postscriptum que el propio Tucker añadiría en 1911 a su artículo de 1886, Socialismo de Estado y Anarquismo: en qué coinciden y en qué difieren. Disponible en castellano aquí (accedido a 28/04/2014): http://www.banderanegra.canadianwebs.com/tucker.html

la actualidad ha revisado algunos de los puntos y ha evolucionado en otros, pero consideramos que sigue siendo una buena introducción a su línea de pensamiento. Debo reconocer que cuando leí la obra por primera vez, hace ya cerca de siete años, me dejó una profunda huella; sus ideas más radicales desafían el sentido común incluso de las personas informadas, pero terminan imponiéndose de forma tal que, a través de todo un abanico de evidencias, es imposible no ver casi completamente cambiada la propia concepción del mundo económico y político una vez concluida su lectura. El segundo de los ensayos, Jerarquía o mercado, es en cambio un anticipo a su segunda gran obra, Organization Theory, ambas de 2008. Se trata de un escrito mucho más breve, pero más sólido y sofisticado, donde se aprecia perfectamente el crecimiento de Kevin Carson como escritor. Aunque el tema central es similar, en este caso Carson adopta una perspectiva organizativa. Si el mercado es el método más eficiente de asignar recursos, se pregunta, ¿por qué razón abandona la gran empresa sus ventajas para reemplazar el mecanismo de los precios y la libre iniciativa por la planificación central? La respuesta, una vez más, está en la distorsión que ejerce el Estado sobre el tamaño de la empresa y sobre las relaciones productivas. Lo más interesante de este punto es que las conclusiones de Carson no se apoyan en autores oscuros y heterodoxos como cabría suponer, sino en economistas ampliamente reconocidos por el stablishment, y en muchos casos premios Nobel, como Ronald Coase, Oliver Willamson, Milton Friedman y Friedrich Hayek.

En otro orden de cosas, debemos advertir que Carson no pretende en estos ensayos trazar una descripción de la propuesta mutualista en sentido amplio, que abarca otros muchos aspectos como la disolución de la educación estatal en una multitud de cooperativas de profesores, equipadas con la libertad de decisión y los incentivos adecuados para

mejorar e innovar sus métodos pedagógicos; [7] o la mutualización de la sanidad estatal, entregándola a cooperativas de consumidores y de profesionales, como muestra el ejemplo del hospital SCIAS de Barcelona, que cuenta con más de 160 000 socios.[8] Los mutualistas pretenden limitar y descentralizar el Estado, reemplazando tanto como sea posible las relaciones de autoridad por las relaciones voluntarias y contractuales. Kevin Carson considera, con un sector del mutualismo, que llevando este principio a sus últimas consecuencias deberíamos prescindir completamente del Estado a través de la organización libre y mutualista de los servicios de policía, ley y justicia.[9] Otros, como Pi y Margall, muestran sus reservas,[10] pero

[7] Para una breve introducción a la perspectiva mutualista sobre la educación, véase La educación pública, crítica y alternativas, disponible online (accedido a 28/04/2014): http://www.mutualismo.org/la-escuela-publica-critica-y-alternativas/. Nótese que el mutualismo está en clara sintonía con la renovación pedagógica que proponen autores como Ken Robinson o Salman Khan.

[8] Acerca del hospital cooperativo de Barcelona, véase FAURA, IGNASI (ed.), Consumidores activos: experiencias cooperativas para el siglo XXI, Icaria Milenrama, Barcelona, 2002, p. 97.

[9] Una de las mejores exposiciones del mutualismo anarquista se encuentra en el libro Voluntary Socialism, de Francis Tandy, que cuenta con un capítulo especialmente dedicado a explicar cómo se protegerían la vida y la propiedad en una sociedad sin Estado (accedido a 28/04/2014): http://praxeology.net/FDT-VS-5.htm. What Is Mutualism? de Clarence Lee Swartz, Instead of a Book de Benjamin Tucker o Idea general de la revolución en el siglo XIX de Proudhon tratan el mismo problema desde diferentes ángulos.

[10] PI Y MARGALL, F., Reflexiones. Madrid, J.A. García, 1901, pp. 12 y 14-15. Su obra La reacción y la revolución es, en la misma línea, un clásico del mutualismo federalista.

el análisis carsoniano del capitalismo es igualmente válido cualquiera que sea nuestra postura acerca de la disolución total del Estado. Su valor radica en brindar una alternativa libertaria tanto a la izquierda establecida, autoritaria y colectivista, como al capitalismo imperante. Carson, como los mutualistas clásicos, reprocha al liberalismo vulgar su hipocresía a la hora de atacar la intervención del Estado sólo cuando beneficia al conjunto de los ciudadanos, pero raramente cuando se trata de los grandes capitalistas, a quienes con frecuencia ponen como ejemplo. El propio Benjamin Tucker hablaba de Herbert Spencer en estos términos:

> "Parece como si Herbert Spencer hubiera olvidado la enseñanza de sus primeros escritos, y se hubiera convertido en un defensor de la clase capitalista (…). En medio de la multitud de sus ilustraciones (…) sobre los males de la legislación, siempre cita alguna ley aprobada al menos en principio para proteger a los trabajadores, aliviar su sufrimiento o promover el bienestar del pueblo. Pero ni una vez llama la atención sobre los males mucho más mortíferos y profundamente arraigados que crecen de innumerables leyes creadas a favor del privilegio y el monopolio".[11]

Por último, debemos señalar que esta edición no hubiera sido posible sin la colaboración y el esfuerzo de varios compañeros y amigos de Mutualismo.org, que junto a un servidor han traducido con la máxima fidelidad literaria esta primera edición en castellano de El puño de hierro.

[11] Citado en MARTIN, J. J., Men Against The State: The Expositors of Individualist Anarchism in America, 1827-1908, Ralph Myles Publisher Inc., Colorado, 1970, p. 240.

Sus nombres son: Joaquín Padilla 'Logsemán', Octavio Muciño, Alberto Jaura, Pablo Molina y Telmo Echániz. Para cualquier duda o consulta, pueden encontrarnos en el portal de Mutualismo.org o en su página de Facebook.

# PRÓLOGO

KEVIN A. CARSON

Ha sido una alegría enterarme acerca de la traducción al español de mi ensayo titulado El puño de hierro detrás de la mano invisible, que fue mi primera publicación en ser impresa. Descubrí el internet apenas un año antes de elaborarlo, a mitad del año 2000. Antes de eso, todo lo que escribí, excepto por un buen número de cartas iracundas a mi editor, eran manuscritos que terminaron juntando polvo en cajas, la mayoría de los cuales continúan sin publicar y ni siquiera han sido transcritos digitalmente.

De modo que es difícil explicar mi sensación de euforia cuando descubrí la enorme variedad de activismo y pensamiento libertarios disponibles en la red, así como las posibilidades de hacer llegar mis ideas a un auténtico grupo de lectores por primera vez. Mandé este manuscrito a Red Lion Press dos o tres semanas antes de los ataques del 11 de septiembre, y lo concluí en su forma final en consulta con Larry Gambone no mucho después de eso. Así que vi mi primer trabajo en la imprenta no sólo en la excitante atmósfera de explorar un mundo de nuevos compañeros accesibles ahí fuera, sino también en el subidón de adrenalina que produce disparar tu primer tiro en lo que parecía ser una guerra inminente entre las fuerzas del bien y el estado de guerra total y emergencia permanente.

"El Puño de Hierro" fue una especie de destilación de los resultados de mi primer curso intensivo de lectura omnívora sobre anarquismo, economías descentralizadas, economía política anti-capitalista, etc., que habría comenzado más o menos por allá de 1998. Pienso que más

que cualquier otra cosa, fue el libro Escala Humana de Kirkpatrick Sale, lo que catalizó el proceso. Pero fue mi primer encuentro con las ideas contenidas y mi exploración subsecuente de las referencias en los pies de nota lo que me condujo a un estudio posterior que ha continuado hasta el día de hoy. Comencé a dirigirme a trabajos más especializados sobre "economías de escala" (o mejor dicho deseconomías), y los roles de los subsidios y las restricciones a la competencia en el desarrollo del capitalismo corporativo. Leí diferentes historias generales sobre anarquismo, An Anarquist FAQ, y el Instead of a Book de Tucker. De ahí pasé a una lectura más amplia de los pensadores anarquistas, historia radical sobre la acumulación original y el colonialismo, y otros corpus de pensamiento que iban desde Marx hasta anarcocapitalistas de derecha en la tradición austriaca. Al inicio del año 2000 comencé con una lectura voraz de los recuentos que hizo Chomsky sobre las intervenciones de los Estados Unidos en el mundo, y otras fuentes a las que él me condujo como The Politics of War de Gabriel Kolko y Killing Hope de William Blum.

Y "Puño de Hierro" fue la primera aproximación al modelo de anarquismo que obtuve de esa trayectoria de estudio. Escribí este folleto hace poco más de doce años. He aprendido mucho desde entonces, y mi perspectiva ha cambiado en varios asuntos particulares. Pero espero que aún sea valioso como para ser merecedor de la lectura de los compañeros que lo lean en español por primera vez.

# EL PUÑO DE HIERRO TRAS LA MANO INVISIBLE

## EL CAPITALISMO CORPORATIVO COMO SISTEMA DE PRIVILEGIO GARANTIZADO POR EL ESTADO

## 1. INTRODUCCIÓN

Normalmente se reconoce que el feudalismo se instauró a través del robo y la usurpación; una clase dominante se estableció a sí misma por la fuerza y entonces obligó a los campesinos a trabajar en beneficio de los señores. Pero ningún sistema de explotación, ni siquiera el capitalismo, se ha creado por acción del libre mercado. El capitalismo se ha instaurado a través de un robo tan enorme como el feudalismo, y se ha sostenido en el presente gracias a una intervención estatal continua para proteger su sistema de privilegio, sin el cual sería inimaginable su supervivencia.

En nuestra supuesta economía de "mercado", la actual estructura de propiedad del capital y la estructura organizativa de la producción reflejan la intervención estatal coercitiva anterior y ajena al mercado. Desde el principio de la revolución industrial, lo que se tilda nostálgicamente de "laissez faire" ha sido en realidad un sistema de intervención estatal continua para subvencionar la acumulación, garantizar el privilegio y mantener la disciplina del trabajo. Gran parte de tal intervención es tácitamente asumida por los libertarios de derechas como parte del sistema de "mercado". Aunque unos pocos

intelectualmente honestos como Rothbard y Hess han estado dispuestos a examinar el papel de la coerción en la creación del capitalismo, la escuela de Chicago y los randianos toman como dadas las relaciones de propiedad existentes y el dominio de clase. Su "libre mercado" ideal es simplemente el actual sistema menos las regulaciones progresistas y el Estado del Bienestar — el capitalismo del patrón explotador del siglo XIX.

Pero los mercados genuinos tienen un valor para la izquierda libertaria y no deberíamos conceder el término a nuestros enemigos. De hecho, el capitalismo —un sistema de poder en el que la propiedad y el control están divorciados del trabajo— no podría sobrevivir en un libre mercado. Como anarquista mutualista, creo que la expropiación del valor excedente —el capitalismo— no puede darse sin la coerción estatal para mantener el privilegio del usurero, el terrateniente y el capitalista. Por esta razón, el anarquista de libre mercado Benjamin Tucker —del que los libertarios de derechas toman prestado selectivamente— se consideraba a sí mismo socialista libertario.

Está más allá de mi habilidad y de mi propósito describir aquí un mundo en que se hubiera desarrollado un verdadero sistema de mercado sin la mencionada intervención estatal. Está más allá de nuestra imaginación un mundo en el que los campesinos hubieran disfrutado de la tierra, la propiedad estuviera ampliamente distribuida, el capital estuviera a libre disposición de los trabajadores a través de bancos mutuos y la tecnología productiva estuviera a libre disposición de cualquier persona en cualquier país, sin patentes, y donde todo el mundo hubiera sido libre de desarrollar su economía a nivel local sin rapiñas coloniales. Pero habría sido un mundo de producción descentralizada y a pequeña escala para uso local, bajo la propiedad y el control de aquellos que hacen el trabajo —tan diferente de nuestro mundo como el día y la noche, la libertad y la esclavitud—.

## 2. LA SUBVENCIÓN DE LA HISTORIA

Por consiguiente, la mayor subvención al capitalismo corporativo moderno es la subvención de la historia, a través de la cual el capital se ha ido acumulando previamente en pocas manos, y los trabajadores han sido privados del acceso a los medios de producción y forzados a venderse a sí mismos en los términos del comprador. El actual sistema de propiedad de capital concentrada y organización corporativa a gran escala es resultado directo de la estructura original del poder y de la propiedad, que se ha ido perpetuando a sí misma a lo largo de los siglos.

Para que surgiera el capitalismo tal y como lo conocemos, fue esencial primero de todo separar el trabajo de la propiedad. Los marxistas y otros economistas radicales comúnmente se refieren al proceso como la "acumulación primitiva". "Lo que el sistema capitalista demandaba era…una condición degradada y casi servil de las masas del pueblo, la transformación de las mismas en mercenarias, y de su medio de trabajo en capital". Eso significaba la expropiación de la tierra, "a la cual el campesinado tenía los mismos derechos feudales que el propio señor". [Marx, "Capítulo 27: La expropiación", El Capital vol. I]

Para captar la enormidad del proceso, tenemos que entender que los derechos nobiliarios sobre la tierra bajo la economía feudal eran completamente una ficción legal feudal derivada de la conquista. Los campesinos que cultivaban la tierra en la Inglaterra de 1650 eran descendientes de aquellos que la habían ocupado desde tiempo inmemorial. Desde cualquier patrón de moralidad, era su propiedad en todos los sentidos de la palabra. Las armas de Guillermo el Conquistador, sin otro derecho que la fuerza, forzaron a los campesinos propietarios a pagar rentas por su propia tierra.

J. L y Barbara Hammond consideraban la aldea del siglo XVI y el sistema de campos abiertos como una pervivencia de la sociedad de campesinos libres de tiempos de los anglosajones, con la superposición del feudalismo. La alta burguesía veía la pervivencia de los derechos campesinos como un estorbo para el progreso y la eficiencia de la agricultura; una revolución en su propio poder era una forma de quebrar la resistencia campesina. De ahí que la comunidad agrícola fuera "tomada a piezas…y reconstruida del modo en que un dictador reconstruye un gobierno libre". [The Village Labourer 27-28, 35- 36]

Cuando los Tudor entregaron a la nobleza las tierras monásticas expropiadas, ésta "expulsó en masa a los subarrendatarios hereditarios y unificó las propiedades en una". [Marx, "The Expropiation"]. Esta tierra robada, alrededor de la mitad de la tierra arable de Inglaterra, fue la primera expropiación a gran escala contra el campesinado.

Otro gran robo de la tierra del campesinado fue la ley de "reforma" de la tierra por el Parlamento de la Restauración del siglo XVII. La aristocracia abolió las tenencias feudales y convirtió su propio patrimonio de tierras, hasta entonces "solo un título feudal", en "derechos de propiedad privada modernos". En el proceso, abolieron los derechos de tenencia de los copyholders. Los copyholders eran arrendatarios de jure bajo la ley feudal, pero una vez pagaban una insignificante renta fijada por la costumbre, las tierras eran suyas para venderlas o legarlas. En sustancia la tenencia de los copyholders era el equivalente feudal de la tenencia libre pero, dado que derivaba de la costumbre, sólo podía defenderse en tribunales feudales. Bajo la "reforma", los campesinos en copyhold se convirtieron en arrendatarios, que podían ser desalojados a voluntad o cargados con

cualquier renta que su señor tuviese a bien. [Marx, "The Expropriation…"]

Otra forma de expropiación que comenzó en la baja Edad Media y creció dramáticamente en el siglo XVIII fue el cercamiento de los comunales —a los que, nuevamente, los campesinos comunalmente tenían un derecho de propiedad tan absoluto como cualquiera de los defendidos por los abogados "de propiedad" actuales. Sin contar con los cercamientos anteriores a 1700, los Hammonds estimaban que los cercamientos totales en los siglos XVIII y XIX afectaron a un sexto o un quinto de la tierra arable de Inglaterra [Village Labourer 42.]. E. J. Hobsbawm y George Rude estimaban sólo los cercamientos llevados a cabo entre 1750 y 1850 transformaron "en propiedad privada algo así como una cuarta parte de la superficie cultivada en campo abierto, tierras comunales, prado o baldío…" [Captain Swing 27]. La clase dominante veía el derecho de los campesinos a los comunales como una fuente de independencia económica respecto del capitalista y el terrateniente, y por ende una amenaza que debía ser destruida. Los cercamientos eliminaron "un peligroso centro de indisciplina" y compelieron a los trabajadores a vender su trabajo bajo las condiciones de sus patronos. Arthur Young, un caballero de Lincolnshire, describía los comunales como "unos criaderos de 'bárbaros' que amamantaba a una raza malvada de gente."

"Todo el mundo excepto los idiotas sabe", escribía, "que las clases bajas tienen que ser mantenidas pobres, o nunca serán industriosas". La Revista Comercial y Agrícola advertía en 1800 de que dejando que el trabajador "poseyera más tierra de la que su familia puede cultivar por las tardes" significaba que "el terrateniente no podía depender más de él para su trabajo constante". [Thompson, The Making of the English Working Class, 219-220, 358]. Sir Richard Price comentaba que debía transformarse a los propietarios autosuficientes en "un

cuerpo de hombres que ganasen su subsistencia trabajando para otros". Habría "quizás, más trabajo, porque habría más necesidad de él". [Marx, 'The Expropriation…"].

Marx citaba las "actas de cercamiento" parlamentarias como una evidencia de que los comunales, lejos de ser la "propiedad privada de los grandes terratenientes que habían ocupado el lugar de los señores feudales", en realidad requerían "un golpe de estado parlamentario…para su transformación en propiedad privada". ["The Expropriation…"]. El proceso de acumulación primitiva, en toda su brutalidad, ha sido resumido por el mismo autor: estos nuevos hombres libres [los antiguos siervos] se convirtieron en vendedores de sí mismos solo después de habérseles privado de todos sus propios medios de producción, y de todas las garantías de existencia permitidas por todas las antiguas disposiciones feudales. Y la historia de esto, de su expropiación, está escrita en los anales de la humanidad en letras de sangre y fuego. ["Chapter 26: The Secret of Primitive Accumulation", Capital Vol. 1].

Incluso entonces, la clase obrera no estaba lo suficientemente debilitada. El Estado tuvo que regular el movimiento de los trabajadores, hacer cumplir los intercambios de trabajo en beneficio de los capitalistas y mantener el orden. El sistema de regulación parroquial[12] del movimiento de la gente bajo las leyes de pobres y vagabundos recuerdan al sistema de pasaportes internos de Sudáfrica, o a la era de reconstrucción de los Códigos de Negros. "Tuvo el mismo efecto en el trabajador agrícola inglés", escribía Marx, "que el edicto del tártaro Boris Godunov en el campesinado ruso". ["The Expropriation…"] Adam Smith aventuraba que "era escaso el hombre

[12] La parroquia era la circunscripción administrativa básica en época moderna (nota de Víctor Logos).

pobre de cuarenta años en Inglaterra…que en algún momento de su vida no se hubiera sentido cruelmente oprimido por esa mala ley artificial de asentamientos". [Wealth of Nations 61]. El Estado mantenía la disciplina de trabajo evitando que los trabajadores votasen con los pies. Era difícil persuadir a las autoridades parroquiales para que garantizasen a un hombre un certificado autorizándole para moverse a otra parroquia para buscar trabajo. Los trabajadores eran forzados a quedarse quietos y negociar por el empleo en el mercado del comprador [Smith 60-61]. A primera vista esto podría parecer un inconveniente para las parroquias con escasez de trabajo [Smith 60]. Las fábricas se construían en fuentes de energía hidráulica, generalmente lejos de los centros de población. Se necesitaba importar miles de obreros desde muy lejos. Pero el Estado lo solucionó convirtiéndose en intermediario entre las parroquias con escasez de trabajadores y la mano de obra barata procedente de otros lugares, privando a los trabajadores de la facultad de negociar en sus propios términos.

Surgió un considerable comercio de trabajadores infantiles que no estaban en posición de negociar de ninguna forma [The Hammods, The Town Labourer 1: 146]. El auxilio "rara vez se otorgaba sin que la parroquia reclamase el derecho exclusivo de disponer, a su placer, de todos los hijos de la persona que recibe el auxilio", en palabras del Comité on Parish Apprentices, 1815 [the Hammonds, Town Labourer 1:44, 147]. Incluso cuando los inspectores de la Ley de Pobres apoyaron la emigración hacia las parroquias con escasez de trabajadores, desalentaban a los hombres adultos y "se daba preferencia a viudas con familias numerosas de niños o artesanos…con familias numerosas". Además, la disponibilidad de mano de obra barata a través de los inspectores de la ley de pobres fue usado deliberadamente para reducir los salarios; los

terratenientes liberaban a sus propios braceros y a cambio solicitaban ayuda a los supervisores [Thompson 223-224].

A pesar de que las Combination Laws teóricamente se aplicaban a los patrones tanto como a los obreros, en la práctica estas no forzaban a los últimos [Smith 61; the Hammonds, Town Labourer 1: 74]. "A Journeyman Cotton Spinner" – un panfleto citado por E. P. Thomspon [pp. 199-202]- describía "una abominable coalición existente entre los patronos", en la que los trabajadores que habían abandonado a sus patronos a causa de desacuerdos sobre los salarios eran de hecho tachados en sus listas negras. Las Combination Laws sólo requerían de sospechas para iniciar interrogatorios bajo juramento, dando potestad a los magistrados para dar juicio de sumario, y permitía la confiscación de sumario de todos los ahorros acumulados para ayudar a las familias de los huelguistas [Town Labourer 123-127]. Y las leyes que fijaban el salario máximo equivalían a un sistema forzado por el Estado de coalición de los patronos. Como apuntaba Adam Smith, "cada vez que el legislador intenta regular los conflictos entre patronos y obreros, consulta siempre a los patronos". [p. 61].

El modo de vida de la clase obrera bajo el sistema fabril, con sus nuevas formas de control social, supuso una ruptura radical con el pasado. Implicaba una pérdida drástica de control sobre su propio trabajo. El calendario de trabajo del siglo XVII estaba todavía fuertemente influido por la costumbre medieval. A pesar de que había largos días entre la siembra y la recolección de la cosecha, la combinación de los periodos intermitentes de poco trabajo y la proliferación de días santificados reducían el tiempo de trabajo medio por debajo del nuestro. Y el ritmo de trabajo estaba generalmente determinado por el sol o los ritmos biológicos de los trabajadores, que se levantaban tras un decente sueño nocturno, y se acostaba para descansar cuando lo necesitaban. El aldeano que tenía acceso a la

tierra comunal, incluso cuando quería un ingreso extra a través del salario, podía aceptar trabajos ocasionalmente y luego volver a trabajar para sí mismo. Este era un grado inaceptable de independencia desde un punto de vista capitalista.

"En el mundo moderno mucha gente tiene que adaptarse a algún tipo de disciplina, y observar los horarios del resto de personas,…o trabajar bajo las órdenes de otros, pero hemos de recordar que la población que fue arrojada al brutal ritmo de la fábrica se ganaba la vida en relativa libertad, y que la disciplina de las primeras fábricas fue particularmente salvaje…Ningún economista de la época, estimando los beneficios y los costes del empleo industrial, tuvo alguna vez en cuenta la tensión y la violencia que sufría un hombre en su interior cuando pasaba de una vida en la que podía fumar o comer, o cavar o dormir como gustara, a una en la que alguien se apoderaba de él, y durante catorce horas no tenía derecho ni a silbar. Fue como entrar en la vida sin aire ni risas de la prisión" [the Hammonds, Town Labourer 1:33-34]. El sistema fabril no podría haberse impuesto a los trabajadores sin primero haber eliminado sus alternativas y denegado por la fuerza su acceso a cualquier fuente de independencia económica. Ningún hombre entero, con sentido de la libertad y la dignidad, se habría sometido a la disciplina de fábrica. Stephen Marglin comparaba la fábrica textil del siglo XIX, que empleaba niños precarios comprados en el mercado de esclavos de las "workhouses", con los hornos y alfarerías romanos que eran manejados por esclavos. En Roma, la producción industrial era excepcional en manufacturas dominadas por hombres libres. El sistema industrial, a lo largo de la historia, ha sido posible solo con una fuerza de trabajo privada de cualquier alternativa viable.

"Los hechos a la vista sugieren con fuerza que, si hubo fábricas de trabajadores en época de los romanos, esto no se debía a

consideraciones tecnológicas sino al balance de poder entre las dos clases productivas. Los hombres libres y los ciudadanos tenían suficiente poder para mantener una organización gremial. Los eslavos no tenían ese poder —y acabaron en las fábricas." ["What Do Bosses Do?"].

El problema con el anterior putting out system, por el que los trabajadores de las aldeas producían tejidos por contrato, era que sólo eliminaba el control del trabajador sobre el producto. El sistema de fábrica, al eliminar el control del trabajador sobre todo el proceso de producción, tenía la ventaja de la disciplina y la supervisión, con los trabajadores organizados bajo un supervisor.

"El origen y el éxito de la fábrica radica no en la superioridad tecnológica, sino en la sustitución del control por parte del trabajador por el del capitalista en el proceso de producción y en la cantidad de lo producido; en el cambio de las elecciones del trabajador, desde cuánto trabajar y producir en base a sus preferencias de ocio y bienes, a otro en el que o trabaja o no lo hace, lo que por supuesto es mucho más que una elección."

Marglin ha dado la vuelta al clásico ejemplo de la fábrica de alfileres de Adam Smith. La mayor eficiencia resulta, según él, no de la división del trabajo como tal, sino de la división y secuenciación del proceso en tareas separadas para reducir los tiempos. Esto podría haberlo realizado un solo trabajador de la aldea separando las distintas tareas y realizándolas por secuencias (refinando el alambre para un paso completo de producción, enderezándolo luego y cortándolo después).

"Sin especialización, el capitalista no tenía ningún papel esencial que jugar en el proceso de producción. Si cada productor podía integrar por sí mismo las tareas componentes de una fábrica de alfileres en un

producto comercializable, descubriría pronto que no tendría que tratar con el mercado de alfileres a través de un intermediario. Podría vender directamente y apropiarse del beneficio que el capitalista derivaba de la mediación entre el productor y el mercado."

Este principio está en el centro de la historia de la tecnología industrial de los últimos doscientos años. Incluso siendo necesarias las fábricas para algunas formas de producción a gran escala e intensiva en capital, habitualmente se puede elegir entre varias tecnologías productivas dentro de la fábrica. La industria ha elegido deliberadamente tecnologías que descualifican a los obreros y mueven la toma de decisiones hacia la jerarquía gerencial. En una fecha tan lejana como 1835, el Dr. Andrew Ure (el padrino ideológico del taylorismo y el fordismo), argumentaba que cuanto más cualificado fuese el trabajador "más terco y…menos adecuado a un sistema mecánico" se convertía. La solución pasaba por eliminar procesos que requiriesen "peculiar destreza y habilidad manual…del astuto trabajador" y reemplazarlos por un "mecanismo, en gran parte autorregulado, que incluso un niño pudiera controlar". [Philosophy of Manufactures, in Thompson 360]. Y el principio fue seguido a lo largo del siglo XIX. William Lazonick, David Montgomery, David Noble, y Catherine Stone han producido un excelente cuerpo de trabajos sobre este tema. Incluso a pesar de que los experimentos corporativos en autogestión obrera incrementan la moral y la productividad, y reducen los tiempos muertos y el absentismo más allá de lo que esperaban los ejecutivos, estos experimentos son usualmente abandonados por miedo a perder el control.

Christopher Lasch, en su prólogo al America by Design de Noble, caracterizaba de este modo el proceso de descualificación:

> "Los capitalistas, habiendo expropiado la propiedad del trabajador, gradualmente expropiaron también su

> conocimiento técnico, dominando ellos la producción… La expropiación del conocimiento técnico del trabajador tuvo como consecuencia lógica el crecimiento de la gerencia moderna, en la que vino a concentrarse el conocimiento técnico. A medida que el movimiento de la gestión científica dividió el proceso de producción en sus partes componentes, convirtiendo al trabajador en un apéndice de la máquina, tuvo lugar una gran expansión del personal técnico y de supervisión para controlar el proceso productivo como un todo". [pp. XI-XII].

La expropiación del campesinado y la imposición del sistema de trabajo de fábrica no se llevó a cabo sin resistencia; los trabajadores conocían exactamente lo que se les estaba haciendo y lo que habían perdido. Durante la década de 1790, cuando se expandió la retórica de los jacobinos y de Tom Paine entre la clase obrera radicalizada, los gobernantes de la "cuna de la libertad" sintieron con terror que el país podía ser barrido por una revolución. El sistema de control policial sobre la población parecía un régimen de ocupación extranjera. Los Hammonds se refieren a la correspondencia entre los magistrados del norte del país y el Ministerio de la Gobernación; en el norte, la ley servía honestamente "como un instrumento no de justicia sino de represión", y las clases obreras "aparecían…visiblemente como una población hilota".[13] [Town Labourer 72].

"…a la luz de los papeles del Ministerio de la Gobernación…ninguno de los derechos personales reservados para los hombres ingleses tenía aplicación para las clases obreras. Los magistrados y sus clérigos

[13] Los hilotas eran la población nativa de Laconia, reducida a servidumbre por los espartanos después de las invasiones dorias (nota de Víctor Logos).

no reconocían límite para sus poderes sobre la libertad y los movimientos del hombre trabajador. Las Vagrancy Laws parecían suplantar el capítulo entero de las libertades de los hombres de Inglaterra. Fueron usadas para encarcelar a cualquier hombre o mujer de la clase obrera que pareciese inconveniente o agitador a los magistrados. Ofrecieron la forma más fácil y rápida de proceder contra quienes intentaban recolectar dinero para las familias de trabajadores en paro, o para eliminar la literatura que los magistrados considerasen indeseable" [Ibid. 80].

La policía de Peel —encargada de aplicar profesionalmente la ley— reemplazó el sistema de partidas del sheriff porque éstas últimas eran inadecuadas para controlar a la creciente población de trabajadores descontentos. En la época de los ludditas y otros disturbios, los oficiales de la corona advertían que "para aplicar la Watch Act y la Ward Act utilizarían las armas contra los más descontentos". Al final de las guerras con Francia, Pitt terminó con la práctica de acuartelar al ejército en tabernas, mezclado con la población común. En cambio, los distritos industriales se llenaron de barracas, "como una cuestión puramente policial". Las áreas industriales "se parecían cada vez más a un país bajo ocupación militar". [Ibid. 91-92]

El Estado policial de Pitt se complementó con vigilantes casi privados, en la tradición consagrada desde entonces por los camisas negras y las brigadas de la muerte. Por ejemplo, la "Association for the Protection of Property against Republicans and Levellers" –una asociación antijacobina de nobles e industriales- lideró búsquedas casa por casa y organizó quemas de efigies al estilo de Guy Fawkes contra Paine; la multitud de la "iglesia y el rey" aterrorizaba a los radicales sospechosos [Chapter Five, "Planning the Liberty Tree", in Thompson].

Thompson describía este sistema de control como un "apartheid político y social", y argumentaba que "la revolución que no sucedió en Inglaterra fue tan completamente devastadora" como la que sí sucedió en Francia [pp. 197-198]. Finalmente, el Estado contribuyó al crecimiento de las fábricas a través del mercantilismo. Los exponentes contemporáneos del "libre mercado" generalmente tratan el mercantilismo como un intento "equivocado" de promover algún tipo de interés nacional unificado, surgido de una sincera ignorancia de los principios económicos. En realidad, los arquitectos del mercantilismo sabían exactamente lo que estaban haciendo. El mercantilismo fue extremadamente eficiente en su verdadero objetivo: hacer ricos a los poderosos intereses industriales a expensas del resto. Adam Smith atacó el mercantilismo consistentemente, no como un producto del error económico, sino como un intento muy inteligente de poderosos intereses para enriquecerse a través del poder coercitivo del Estado.

La industria británica fue creada por la intervención estatal excluyendo los bienes extranjeros, dando a la flota británica un monopolio sobre el comercio extranjero, y erradicando la competencia extranjera por la fuerza. Como ejemplo de lo último, las autoridades británicas en la India destruyeron la industria textil de Bengala, fabricante de los tejidos de mayor calidad del mundo. A pesar de que no habían adoptado los métodos de producción a vapor, existía la posibilidad real de que lo hubieran hecho si la India se hubiese mantenido política y económicamente independiente. El una vez próspero territorio de Bengala está hoy en día ocupado por Bangladesh y el área de Calcuta [Chomsky, World Orders Old and New]

Los sistemas industriales americano, alemán y japonés fueron creados por las mismas políticas mercantilistas, con aranceles masivos sobre los bienes industriales. El "libre mercado" era adoptado por las

potencias industriales establecidas, que usaban el "laissez-faire" como un arma ideológica para prevenir a las potencias rivales de seguir el mismo camino hacia la industrialización. El capitalismo nunca se estableció a través del libre mercado, ni siquiera por la acción pionera de la burguesía. Se ha establecido siempre a través de una revolución desde arriba, impuesta por una clase dominante precapitalista. En Inglaterra, fue la aristocracia terrateniente; en Francia, Napoleón y sus burócratas; en Alemania, los junkers; en Japón, los Meiji. En América, el ejemplo más cercano a la evolución burguesa "natural", la industrialización fue promovida por la aristocracia mercantilista de los magnates del transporte y por los terratenientes [Harrington, Twilight of Capitalism].

Medievalistas románticos como Chesterton y Bellon han descrito el proceso, en la alta Edad Media, por el que la servidumbre fue gradualmente debilitándose, y los campesinos se fueron transformado en propietarios libres de facto que pagaban una pequeña renta nominal. El sistema de clase feudal se desintegró y fue reemplazado por un sistema mucho más libertario y menos explotador. Emmanuel Wallerstein argumentaba que el resultado probable habría sido "un sistema de productores relativamente iguales y de pequeña escala, nivelados además con la aristocracia y con estructuras políticas descentralizadas". Alrededor de 1650 se revirtió la tendencia, y hubo "un nivel de continuidad razonablemente alto entre las familias que habían estado en los altos estratos" en 1450 y 1650. El capitalismo, lejos de ser "el derrocamiento de una aristocracia atrasada por una burguesía progresista", "fue engendrado por una aristocracia terrateniente que se transformó en burguesa porque el viejo sistema se estaba desintegrando". [Historical Capitalism 41-42, 105-106]. Arno Mayer en parte se ha hecho eco de esto [The Persistente of the Old Regime] al hablar de la continuidad entre la aristocracia terrateniente y la clase dominante capitalista.

El proceso por el que se derrocó a la civilización bajomedieval de campesinos propietarios, gremios de artesanos y ciudades libres ha sido vivamente descrito por Kropotkin [Mutual Aid 225]. Antes de la invención de la pólvora, sucedía con más frecuencia que las ciudades libres vencieran a los ejércitos reales que lo contrario, y ganaron su independencia de los dominios feudales. Y estas ciudades frecuentemente hacían causa común con los campesinos en su lucha por el control de la tierra. El Estado absolutista y la revolución capitalista consiguiente sólo fueron posibles cuando la artillería permitió acabar eficazmente con las ciudades fortificadas, y el rey pudo hacer la guerra con su propia gente. Y como resultado de esta conquista, la Europa de William Morris quedó devastada, despoblada y miserable.[14]

[14] Kevin Carson cae aquí en una visión idílica de la Baja Edad Media difícil de sostener con las fuentes históricas en la mano. Es cierto que a partir del siglo XIV aparece una clase de pequeños propietarios en el campo y se relajan las obligaciones feudales —en gran parte debido al descenso de la población—, pero no lo es menos que por esta época los gremios urbanos tienden hacia el inmovilismo. Las ciudades solían estar dominadas por una oligarquía mixta de aristócratas y comerciantes de los gremios mayores, con participación nula o escasa de los artesanos y trabajadores urbanos.

Por otro lado, la lucha política habitual de esta época tiene lugar entre el Monarca y la nobleza, con las ciudades —que en las Cortes representaban al "brazo real"— jugando un papel habitualmente subalterno en la contienda. Esa presunta alianza entre las ciudades y el campesinado tenía una finalidad muy específica: convertir los señoríos bajo dominio feudal en señoríos de realengo, que de esa forma se sumaban a la representación del "brazo real" en las Cortes junto a las ciudades, debilitaban al brazo señorial. La ciudad, más que combatir al monarca, le brinda su apoyo financiero y humano para combatir a la nobleza a cambio de privilegios. Para una explicación general, véase BALARD, M., et al., De los bárbaros al Renacimiento, Akal, Madrid, 1994, pp. 248-268. Para un caso de estudio, véase BATLLE, C.; BUSQUETA,

Peter Tosh tenía una canción llamada "Cuatrocientos años". A pesar de que la clase trabajadora blanca no ha sufrido nada como la brutalidad de la esclavitud negra, nunca han sido "cuatrocientos años" de opresión para todos nosotros bajo el sistema del capitalismo estatal establecido en el siglo XVII. Siempre desde el nacimiento de los Estados hace seis mil años, la coerción política ha permitido a una clase dominante u otra vivir a costa del trabajo del pueblo. Pero desde el siglo XVII el sistema de poder tomó conciencia, se unificó y alcanzó una escala global. El actual sistema de capitalismo transnacional estatal, sin rival desde el colapso del sistema burocrático de clases soviético, es una consecuencia directa de la usurpación del poder hace "cuatrocientos años". Orwell se quedó corto. El pasado es una "bota golpeando un rostro humano". Que el futuro sea más de lo mismo depende de lo que hagamos ahora.

## 3. EL DOMINIO IDEOLÓGICO

El dominio ideológico es el proceso por el cual los explotados pasan a ver el mundo a través de la estructura conceptual de sus explotadores. Actúa en primer lugar para encubrir el conflicto de clase y la explotación detrás de la cortina de humo de la "unidad nacional" o el "bienestar general". Aquellos que apuntan al papel del Estado como garante de los privilegios de clase son denunciados, en tonos teatrales de ultraje moral, como agitadores de la "lucha de

---

J. J.: Príncipe y ciudades en la Corona de Aragón en el siglo XV. – En "Principi e città alla fine del Medioevo", a cura di SERGIO GENSINI. - Centro di Studi sulla civiltà del tardo Medioevo, San Miniato (Collana di Studi e Ricerche, 6). - Pacini Editore. - Comune San Miniato, 1996.-p. 333-355. (Nota de Víctor Logos).

clases". Si alguien es tan intolerablemente "extremista" como para describir la intervención estatal masiva y la subvención en la que descansa el capitalismo corporativo, es reprendido por su "retórica de clases marxista" (Bob Novak) o por "retórica de barón ladrón" (el secretario del Tesoro O'Neill). La estructura ideológica de la "unidad nacional" se lleva al punto de que "este país", "esta sociedad", o "nuestro sistema de gobierno" deberían ser loados por "la libertad de que disfrutamos". Solo los más antipatrióticos advierten de que nuestras libertades, lejos de sernos garantizadas por un generoso y benevolente Estado, fueron ganadas por pasadas resistencias contra el Estado. Las cartas y leyes de derechos no fueron concedidas desde el Estado, sino forzadas al Estado desde abajo.

Si nuestras libertades nos pertenecen por derecho de nacimiento, como un hecho moral de la naturaleza, de ahí se sigue que no debemos nada al Estado por abstenerse de violarlas, del mismo modo que no le damos las gracias a otro individuo por abstenerse de robarnos o matarnos. La simple lógica implica que, en lugar de ser agradecidos al "país más libre de la tierra", deberíamos sublevarnos cada vez que infringe nuestra libertad. Después de todo, así es como obtuvimos nuestra libertad en primer lugar. Cuando otro individuo nos coge la cartera para enriquecerse a nuestra costa, nuestro instinto natural es resistir. Pero gracias al patriotismo, la clase dominante puede transformar su mano robacarteras en la "sociedad" o "nuestro país".

El presidente de la JCS, discutiendo la postura de "defensa", comentará las "amenazas a la seguridad nacional" a que se enfrentan los EEUU con un gesto dramático, al tiempo que describe las fuerzas armadas de algún enemigo oficial como China como más allá de las "exigencias defensivas legítimas". El camino más rápido de ponerse al margen de la sociedad es apuntar que todas esas "amenazas" se

refieren en realidad a lo que está haciendo algún país al otro lado del mundo a cientos de millas dentro de sus propias fronteras. Otra ofensa contra la adoración de la patria consiste en juzgar las acciones de los Estados Unidos, en sus operaciones globales para hacer del Tercer Mundo un lugar seguro para ITT y United Fruit Company, con el mismo criterio que las "exigencias de defensa legítimas" que se aplican a China.

Para la ideología oficial, las guerras de Estados Unidos se libran por definición "por nuestras libertades", para "defender nuestro país", o en el adulador mundo de Maudllin Albright, por un deseo desinteresado de promover la "paz y la libertad" en el mundo. Sugerir que los verdaderos defensores de nuestras libertades se levantan en armas contra el Estado, o que la seguridad nacional del Estado es una amenaza para nuestras libertades mayor que cualquier enemigo externo al que nos hemos enfrentado jamás, es imperdonable. Por encima de todo, los buenos americanos no deben advertir a todos esos consejeros militares enseñando a los escuadrones de la muerte cómo golpear a los líderes sindicales en la cara y dejarlos en la cuneta, o cómo usar adecuadamente las pinzas contra los testículos de los disidentes. Sólo las potencias derrotadas cometen crímenes de guerra. (Pero como los nazis aprendieron en 1945, los criminales de guerra desempleados pueden encontrar trabajo normalmente con la nueva potencia hegemónica).

Después de un siglo y medio de adoctrinamiento patriótico por el sistema de educación estatal, los americanos han interiorizado concienzudamente la versión "little red schoolhouse" de la historia estadounidense. Esta devoción autoritaria está diametralmente opuesta a las creencias de quienes se levantaron en armas en la Revolución, con lo que la ciudadanía ha olvidado en gran parte qué significa ser americano. De hecho, los auténticos principios del

americanismo han estado delante de sus narices. Dos siglos atrás, los ejércitos permanentes eran temidos como una amenaza para la libertad y un campo de cultivo para las personalidades autoritarias; el servicio militar obligatorio estaba asociado a la tiranía de Cromwell; se veía el trabajo asalariado como algo incongruente con la independencia de espíritu de un ciudadano libre. Hoy en día, dos siglos más tarde, los americanos están tan prusianizados por sesenta años de estado cuartel y "guerras" contra un enemigo interno u otro, que tienden a arrodillarse a la señal del uniforme. Los evasores de impuestos son comparados con los abusadores de niños. Mucha gente trabaja para alguna burocracia estatal o corporativa centralizada, donde se espera que obedezcan las órdenes de sus superiores, trabajen bajo constante subordinación e incluso meen sobre los novatos cuando se les ordene.

Durante las épocas de guerra, se convierte en antipatriótico criticar o cuestionar al gobierno, y disentir se identifica con la deslealtad. La creencia absoluta y la obediencia en la autoridad son los tests del "americanismo". La guerra exterior es una herramienta muy útil para manipular la conciencia popular y poner bajo control a la población nacional. La guerra es la forma más fácil de otorgar vastos e innumerables poderes nuevos al Estado. La gente es obediente casi sin crítica justo en el momento que necesitan estar más alerta. La mayor ironía es que, en un país fundado por la revolución, el "americanismo" se define como el respeto a la autoridad, y la resistencia como "subversión". La Revolución fue una revolución, de hecho, en la que las instituciones políticas nacionales de las colonias fueron derrocadas por la fuerza. Fue, en muchos tiempos y lugares, una guerra civil entre clases. Pero como Voltairine de Cleyre escribía hace un siglo en "Anarchism and American Traditions", la versión de los libros de historia es que se trató de un conflicto patriótico entre nuestros "Padres fundadores" y el enemigo extranjero. Aquellos que

citan todavía a Jefferson sobre el derecho de la revolución son apartados como "extremistas" marginales, a ser atrapados en la próxima histeria de guerra o en la próxima caza de rojos.

Esta construcción ideológica de un "interés nacional" unificado incluye la ficción de un cuerpo "neutral" de leyes, que oculta la naturaleza explotadora del sistema de poder bajo el que vivimos. Bajo el capitalismo corporativo las relaciones de explotación son mediadas por el sistema político hasta un punto desconocido bajo los sistemas de clase anteriores. Bajo el esclavismo y el feudalismo, la explotación era concreta y estaba personalizada en las relaciones del productor con el amo. El esclavo y el campesino conocían exactamente quién le estaba fastidiando. El trabajador moderno, por otro lado, siente una sensación dolorosa, pero tiene solo una idea vaga de dónde proviene.

Más allá de su función de enmascarar los intereses de la clase dominante detrás de una fachada de "bienestar general", la hegemonía ideológica también produce divisiones entre los gobernados. A través de campañas contra los "tramposos del sistema" y los "agotados", así como de demandas para "ser duro con el crimen", la clase dominante consigue canalizar la hostilidad de las clases media y trabajadora contra la clase sumergida.[15]

Especialmente nauseabundo es el fenómeno del "populismo multimillonario". Señala la bancarrota del sistema y reclama su "reforma", clama por la guerra contra el crimen y, disfrazado de una retórica pseudopopulista, identifica a la clase sumergida como el

[15] Aquí subyace un análisis de clase muy interesante. Lejos de reducir la sociedad a un enfrentamiento anacrónico entre burgueses y proletarios, Carson entiende que la clase media, la clase trabajadora y la "clase sumergida" —que equivaldría al "precariado" de Robert Castel— forman un conglomerado de clases heterogéneo pero con intereses comunes frente a la élite estatal y corporativa. (Nota de Víctor Logos).

parásito principal que vive del trabajo de los productores. Dado su universo simbólico de "ah, apesta", pensarías que Estados Unidos es un mundo de Readers Digest/Norman Rockwell sin otra cosa que pequeños empresarios y granjeros familiares, por una parte, y tramposos del sistema, maleantes, líderes sindicales y burócratas por el otro. Escuchándolos a ellos no sospecharás ni siquiera que existan multimillonarios y corporaciones globales, y mucho menos que pudieran existir para beneficiarse de ese "populismo".

En el mundo real, las corporaciones son el mayor cliente del Estado de bienestar, las mayores bancarrotas son los archivos corporativos del capítulo once, y los peores crímenes se cometen en los despachos de las corporaciones en lugar de en las calles. El verdadero atraco contra el productor medio consiste en el beneficio y la usura, extraídos solo con la ayuda del Estado –el verdadero "gobierno grande" que tenemos encima. Pero mientras la clase trabajadora y la clase sumergida permanecen ocupadas luchando entre sí, no perciben quién les está robando realmente a ellas. Como decía Stephen Biko, "el arma más poderosa de los opresores es la mente de los oprimidos".

## 4. EL MONOPOLIO DEL DINERO

En todo sistema de explotación de clases, una clase dominante controla el acceso a los medios de producción con la finalidad de obtener tributos de los trabajadores. Bajo el capitalismo, el acceso al capital está restringido por medio del monopolio del dinero, por el cual el Estado o el sistema bancario obtienen un monopolio sobre el medio de intercambio, y los medios alternativos de intercambio quedan prohibidos. El monopolio del dinero también incluye barreras de entrada contra los bancos cooperativos y prohibiciones contra la

emisión privada de notas bancarias, por lo cual el acceso al capital financiero queda restringido y las tasas de interés permanecen artificialmente altas.

Podríamos mencionar, de pasada, la hipocresía monumental de la regulación de las entidades financieras en los Estados Unidos, que requiere de sus miembros que compartan algún vínculo, como trabajar para el mismo empresario. Imagínese qué atropello si IGA y Safeway hubieran presionado al Estado por una ley nacional para prohibir las cooperativas de alimentación a menos que todos sus miembros trabajaran para la misma compañía. Uno de los mayores defensores de estas leyes es Phil Gramm, el conocido "partidario del libre mercado" y profesor de economía —destacado entre las putas de la industria bancaria en el Congreso.

Anarquistas individualistas y mutualistas como William Greene [Mutual Banking], Benjamin Tucker [Instead of a Book], y J. B. Robertson [The Economics of Liberty] observaron que el monopolio del dinero era central para el sistema capitalista de privilegio. En un mercado genuinamente libre a nivel bancario, cualquier grupo de individuos podría formar un banco mutuo y emitir crédito monetizado en la forma de notas de banco contra cualquier forma de garantía o colateral que desearan, con la única condición para quienes desearan ser miembros de aceptar tales notas en calidad de vendedor. Greene creía que una banca mutua podría llegar a aceptar no sólo la propiedad comercializable como fianza o colateral, sino la "promesa (...) de producción futura" [16] (p. 73). El resultado sería una reducción en las tasas de interés, a través de la competencia, hasta el coste de los

[16] Esto es probablemente un exceso de Greene. Una moneda cuyo único respaldo fuera la "producción futura" no podría tener en ningún caso un valor lo bastante alto ni lo bastante estable para ser de uso generalizado en una economía moderna (nota de Víctor Logos).

gastos generales de administración —menos de un 1%—. El crédito, barato y abundante, alteraría drásticamente la balanza de poder entre capital y trabajo, y los ingresos sobre el trabajo reemplazarían los ingresos sobre el capital como la forma dominante de actividad económica. De acuerdo con Robinson:

> "El sistema de interés sobre el capital que impregna todos los negocios modernos se basa en una tasa de interés de monopolio sobre el dinero, que viene impuesta por ley.
>
> Con libertad bancaria, el interés sobre bonos de todo tipo y dividendos sobre acciones de bolsa caerían a la mínima tasa de interés bancario. La renta de alquiler sobre viviendas (...) caería al coste de mantenimiento y sustitución.
>
> La parte del producto que en la actualidad pertenece al interés pertenecería al productor. El capital, según como se (...) defina, dejaría prácticamente de existir como fondo que produce ingresos, por la simple razón de que si el dinero con el que se compra capital puede obtenerse a un 0,5 % de interés, el capital en sí mismo no podría imponer un precio mayor" (pp. 80-81).[17]

[17] No debemos confundir la perspectiva mutualista sobre el dinero con el inflacionismo, como hace Rothbard en The Spooner-Tucker Doctrine. La idea original de Proudhon y de Tucker consistía en dejar a la competencia reducir los tipos de interés hasta el mínimo necesario para operar un banco. Quizá exageraron al situar ese mínimo en un 0,5%, pero no es menos cierto que, gracias a las barreras de entrada, los bancos establecidos absorben como beneficios un porcentaje artificialmente alto de los ahorros depositados en sus cuentas, que en otro caso podrían prestarse y presionar hacia abajo los tipos de interés. Además, la moneda de curso legal entra en la economía cargada ya con un interés por la Banca Central (Reserva Federal en EEUU, BCE en Europa), algo que no sucedería en un contexto de banca

Y el resultado sería que la posición de negociación para inquilinos, arrendatarios y trabajadores frente a los propietarios de la tierra y el capital se vería drásticamente mejorada. De acuerdo con Gary Elkin, el anarquismo de libre mercado de Tucker tenía ciertas implicaciones inherentes en un sentido socialista libertario:

> "Es importante anotar que, como consecuencia de la propuesta de Tucker de incrementar el poder de negociación de los trabajadores a través del acceso a crédito mutuo, su anarquismo individualista no sólo es compatible con el control obrero, sino que de hecho lo promovería. Si el acceso a crédito mutuo incrementara el poder de negociación de los trabajadores hasta el punto que Tucker consideraba que lo haría, éstos estarían en condiciones de: 1) exigir y conseguir la democracia en el lugar de trabajo; y 2) unir sus créditos para comprar y acceder a la propiedad de sus propias empresas colectivamente.
>
> El monopolio bancario no sólo sería el "eje del capitalismo", sino también la semilla que permitiría el monopolio del terrateniente. En ausencia del monopolio monetario, el precio de la tierra sería mucho más bajo, y promovería "el

---

libre donde el dinero estuviera respaldado por una variedad de metales preciosos y otros bienes.

En cualquier caso, probablemente el peor efecto del monopolio bancario es organizativo: la banca establecida discrimina los proyectos cooperativos y tiene pocos incentivos en adaptarse a las necesidades del pequeño productor. Sobre esto último, véase CARSON, KEVIN, Organization Theory: A Libertarian Perspective, Booksurge, 2008, p. 123. Todo esto no es incompatible con la teoría austriaca del ciclo económico (Nota de Víctor Logos).

proceso de reducción de las rentas hasta cero".[18] [Gary Elkin, "Benjamin Tucker--Anarchist or Capitalist"].

Dado que la posición de negociación del trabajador se vería mejorada, "la capacidad de los capitalistas para extraer valor excedente del trabajo de sus empleados sería eliminada o al menos reducida en gran medida". [Gary Elkin, Mutual Banking]. Conforme la recompensa del trabajo se aproximase a su producto completo, los ingresos del capital cayeran como consecuencia de la competencia de mercado, y el valor de las acciones corporativas se desplomase, el trabajador se convertiría en copropietario de facto de su puesto de trabajo, incluso si la compañía permaneciera nominalmente bajo propiedad de los accionistas.[19]

Unas tasas de interés cercanas a cero incrementarían la independencia del trabajo de forma interesante en multitud de aspectos. Por poner un ejemplo, alguien que tenga una hipoteca a veinte años con un 8% de interés en la actualidad, podría, en ausencia de usura, liquidarla en diez años. La mayoría de gente podría terminar de pagar sus casas en

[18] El análisis de Gary Elkin no es del todo correcto. Caeteris paribus, el descenso del interés aumentaría el precio de la tierra —si mantuviéramos intacta la ley del suelo—, reduciendo sólo el de los alquileres (nota de Víctor Logos).

[19] Esta es una idea muy sugerente del mutualismo clásico. La abolición del privilegio y el monopolio —no sólo sobre el dinero— tenderían a aumentar la demanda de mano de obra y harían del trabajo un factor de producción cada vez más escaso, aumentando la competencia entre empresarios y obligándolos a ofrecer buenas condiciones de trabajo en forma de participación en la gestión y en los beneficios. Como muestran Philippe Aghion, Nicholas Bloom y John Van Reen en Incomplete Contracts and the Internal Organization of Firms, esto es algo que ya está sucediendo en sectores muy competitivos e intensivos en capital humano — véanse, por ejemplo, los casos de 3M, Valve e incluso Google—. (Nota de Víctor Logos).

sus treinta. Entre esto y la ausencia de deudas con altos intereses relacionadas con las tarjetas de crédito, dos de las mayores fuentes de ansiedad para conservar el puesto de trabajo a toda costa desaparecerían. Además, muchos trabajadores tendrían grandes ahorros ("go to hell money"). Mucha gente se retiraría en sus cuarenta o cincuenta, reduciría su jornada a tiempo parcial, o emprendería negocios; con los empleos compitiendo por los trabajadores, su efecto sobre el poder de negociación sería revolucionario.

El mundo hipotético de crédito libre que acabamos de trazar se parece en muchos aspectos a la situación de las sociedades coloniales. E. G. Wakefield, en View of the Art of Colon-ization, hablaba sobre la posición inaceptablemente débil de las clases poseedoras cuando el autoempleo y el acceso a la propiedad se encontraban al alcance de la mano. En las colonias, el mercado de trabajo era muy escaso y la disciplina de los trabajadores era pobre debido a la abundancia de tierra barata. "El grado de explotación del trabajador asalariado no sólo permanece indecentemente bajo. El trabajador asalariado pierde en la negociación, junto con la relación de dependencia, también el sentimiento de dependencia respecto al capitalista abstemio".

Allá donde la tierra es barata y todos los hombres son libres, donde todo aquel que lo desea pueda obtener un pedazo de tierra por su cuenta, no sólo el trabajo se torna muy caro en relación a su porcentaje en el producto, sino que es difícil incluso obtener trabajadores a ningún precio.

Como comentaba Wakefield, el ambiente también prevenía la concentración de la riqueza: "Pocos, incluso entre aquellos cuyas vidas son inusualmente largas, pueden acumular grandes masas de riqueza". Como resultado, las élites coloniales solicitaron a la madre patria trabajadores importados y restricciones a la colonización de la tierra. De acuerdo con un discípulo de Wakefield, Herman Merivale, existía

un "deseo urgente por trabajadores más baratos y dóciles —por una clase a la que el capitalista pudiera dictar los términos, en lugar de recibirlos por parte de éstos—". [Maurice Dobb, Studies in the Development of Capitalism; Marx, Chapter 33: "The New Theory of Colonialism," in Capital Vol. 1].

Además de todo esto, los sistemas de banca central dan servicios adicionales a los intereses del capital. En primer lugar, la necesidad básica de los capitalistas financieros es evitar la inflación para permitir ingresos predecibles sobre sus inversiones. Este es en apariencia el principal objetivo de la Reserva Federal y de otros bancos centrales. Pero al menos tan importante como este objetivo es el papel de los bancos centrales a la hora de promover lo que consideran una tasa "natural" de desempleo —hasta los años 90, alrededor de un 6%—. La razón es que cuando el desempleo baja demasiado por debajo de esta cifra, el trabajo se torna cada vez más arrogante y presiona por mejores salarios, mejores condiciones de trabajo y más autonomía. Los trabajadores no están dispuestos a tolerar tanta mierda por parte de su jefe cuando saben que pueden encontrar un trabajo al menos tan bueno como ese al día siguiente. Por otro lado, no hay nada tan efectivo a la hora de "devolverte a tu sano juicio" como el conocimiento de que la gente está haciendo cola para conseguir tu trabajo.

La "prosperidad" Clinton en apariencia es una excepción a este principio. Conforme el desempleo amenazaba con caer por debajo de la marca del 4%, algunos miembros de la Reserva Federal hicieron campaña para elevar las tasas de interés y acabar con la presión "inflacionaria" echando algunos millones de trabajadores a la calle. Pero como Greenspan [Testimony of Chairman Alan Greenspan] testificó ante el Comité Bancario del Senado, la situación era única. Dado el grado de inseguridad en el trabajo que predominaba en la

economía de alta tecnología, tuvo lugar una "moderación atípica en el incremento de las recompensas". En 1996, incluso con un mercado de trabajo escaso, el 46% de los trabajadores de grandes empresas temían ser despedidos —comparado con sólo el 25% en 1991, cuando el desempleo era mucho mayor—.[20]

La resistencia de los trabajadores a abandonar su trabajo para buscar otro empleo conforme el mercado de trabajo se reducía ha proporcionado más evidencia de la misma preocupación, como la tendencia hacia convenios sindicales más largos. Durante muchas décadas, los contratos rara vez excedían los tres años. En la actualidad pueden llegar a celebrarse contratos de cinco y seis años —contratos que se caracterizan habitualmente por su énfasis en la seguridad del empleo y que implican sólo modestos aumentos de salarios—. El bajo nivel de huelgas de los últimos años también confirma esta preocupación sobre la seguridad del trabajo.

Así pues, parece bien documentada la disposición de los trabajadores en los últimos años a cambiar subidas de salario más pequeñas a cambio de mayor seguridad en el trabajo. Para los jefes, la economía de alta tecnología es el próximo invento para aumentar el desempleo y hacernos entrar en razón. "Combatir contra la inflación" se traduce en la práctica en un incremento de la inseguridad en el empleo,

[20] Los economistas podrían objetar acertadamente que la Reserva Federal restringe las expansiones monetarias para evitar la creación de burbujas, pero teniendo en cuenta que, si se le permitiera, el libre mercado reduciría a cero la tasa de desempleo, es evidente que la banca central ejerce un papel reaccionario: crea empleo a través de burbujas, pero se ve obligada a destruirlo para prevenir sus efectos distorsionadores sobre la estructura económica. Al abolir el sistema de banca central mataríamos dos pájaros de un tiro.

haciendo que los trabajadores sean menos propensos a organizar huelgas o a buscar nuevos trabajos.

## 5. EL MONOPOLIO DE LAS PATENTES

El privilegio de las patentes se ha utilizado de forma masiva para promover la concentración de capital, erigir barreras de entrada y mantener un monopolio sobre la alta tecnología en manos de las corporaciones occidentales. Es difícil imaginar qué grado de descentralización tendría la economía sin las patentes. El libertario de derechas Murray Rothbard las consideraba una violación fundamental de los principios del libre mercado:

> Alguien que no ha comprado una máquina y llega a crear el mismo aparato de forma independiente puede usar y vender su invento en el libre mercado. Las patentes le impiden usar su invento aunque todos los medios con los que lo fabrica sean suyos y sin que haya robado al inventor primigenio, ya sea explícita o implícitamente. Por tanto, las patentes son privilegios monopolísticos concedidos por el Estado y son invasiones de los derechos de propiedad del mercado.[21]

Las patentes llevan consigo una astronómica diferencia de precios. Hasta los años 70 Italia no reconocía las patentes de medicamentos: por ello la farmacéutica Roche cobraba 40 veces más al servicio nacional de salud británico por los principios activos patentados de

[21] Rothbard, Man, Economy and State, vol. 2, pág. 655.

los medicamentos Librium y Valium de lo que percibían las empresas italianas competidoras de Roche.[22]

Las patentes ahogan la innovación tanto como la estimulan. Chakravarthi Raghavan señaló que los investigadores que realmente hacen el trabajo de inventar deben firmar que renuncian a sus derechos de patente para encontrar un trabajo, mientras que las patentes y los programas de seguridad industrial impiden la difusión de información y suprimen la competencia para mejorar las invenciones patentadas.[23] Rothbard comentaba, en la misma línea, que las patentes eliminan «el incentivo competitivo para la investigación» dado que se prohíbe la innovación incremental sobre las patentes ajenas, y porque el propietario puede «dormirse en los laureles durante el periodo de duración de la patente», sin miedo a que un competidor mejore su invento. También perjudican el progreso técnico porque «los inventos mecánicos son aplicaciones de leyes naturales más que creaciones de personas, y por tanto es normal que se generen invenciones independientes pero similares entre sí. Dicha simultaneidad es un hecho histórico frecuente".[24]

El régimen de propiedad intelectual fijado en la Ronda Uruguay del GATT va mucho más allá de la legislación tradicional sobre patentes para suprimir las innovaciones. Una ventaja de ésta era que requería, por ejemplo, que el invento a patentar fuera publicado. No obstante, la presión de Estados Unidos hizo que se incluyeran los llamados secretos comerciales en el GATT: por tanto, los gobiernos deberán

[22] Raghavan, Recolonization, pág. 124.

[23] Ibídem, pág. 118.

[24] Man, Economy and State, págs. 655, 658-659.

ayudar a suprimir información que no está protegida formalmente por las patentes.[25]

Además, las patentes son innecesarias como estímulo a la innovación. Según Rothbard, la inventiva se ve premiada con la ventaja competitiva que supone ser el primer desarrollador de una idea. Esto queda de manifiesto con el testimonio de F. M. Scherer ante la FTC en 1995.[26] Scherer menciona una encuesta realizada a 91 empresas, de las cuales solamente siete «confirieron gran importancia a la protección de las patentes como un factor en sus inversiones de I+D». La mayoría de las empresas expusieron como principales motivos de sus inversiones «la necesidad de mantener la competitividad, el deseo de producir de forma eficiente y la voluntad de expandir y diversificar sus ventas». En otro estudio, Scherer no encontró ningún efecto negativo en el I+D a consecuencia de la obligación de registrar patentes. Otra encuesta a empresas estadounidenses reveló que el 86% de los inventos se hubieran desarrollado sin patentes. En el caso de los automóviles, el material de oficina, los productos de goma y los textiles el porcentaje era del 100%.

La excepción eran los medicamentos: un 60% supuestamente no se hubiera producido sin la protección de las patentes. Sin embargo, sospecho que los que respondieron no lo hicieron con honradez. En primer lugar, las empresas farmacéuticas obtienen una proporción significativamente alta de sus fondos de I+D del sector público, y muchos de sus productos más rentables se realizaron enteramente a costa del erario público. Además, Scherer citó pruebas en contra de esa idea. La ventaja en términos de reputación por llegar primero a un mercado es considerable. Por ejemplo, a finales de los 70 la

[25] Raghavan, obra citada, pág. 122.

[26] Hearings on Global and Innovation--based Competition.

estructura del sector y el comportamiento de los precios no diferían entre los medicamentos patentados y los no patentados. Llegar el primero al mercado con un producto sin patentar permitía a una compañía mantener un 30% de cuota de mercado y establecer precios superiores a la media. La injusticia del monopolio que generan las patentes se exacerba al tener en cuenta la financiación pública de I+D+i que da como resultado que ciertas empresas obtengan beneficios monopolísticos de productos en los que no han gastado ni un centavo. En 1999 se consideró la extensión de los créditos fiscales a la investigación y experimentación, junto a otras deducciones fiscales para empresas, como la tarea más importante del nuevo presidente del Congreso, Dennis Hastert. Cuando se le preguntó a Hastert si había algo fundamental en la nueva ley tributaria, contestó: «Creo que las extensiones [de los créditos fiscales] son algo en lo que tenemos que trabajar». El presidente de la comisión de presupuestos Bill Archer añadió: «antes de que acabe el año […] aprobaremos las extensiones en un acta de minimos que no incluya nada más». La extensión por cinco años del crédito fiscal, con efecto retroactivo desde el 1 de julio de 1999, tuvo un coste estimado de 13.100 millones de dólares. Esa cantidad implica que la tasa impositiva sobre el gasto de I+D en el periodo fue menor que cero.[27]

El Acta de Política de Patentes Gubernamentales de 1980, con sus enmiendas en 1984 y 1986, permitió a la industria privada mantener patentes en productos desarrollados con subvenciones públicas de I+D, y cobrar diez, veinte o cuarenta veces el coste de producción. Por ejemplo, el antirretroviral AZT fue desarrollado con dinero público y estaba en el dominio público desde 1964. La patente fue entregada sin contraprestación a la corporación Burroughs

[27] Citizens for Tax Justice, GOP Leaders Distill Essence of Tax Plan.

Wellcome.[28] Por si esto fuera poco, la feroz presión de las compañías farmacéuticas en 1999 consiguió que el congreso extendiera ciertas patentes mediante un acta especial.[29]

> Las patentes han sido usadas durante el siglo XX «para sortear las leyes antimonopolio», según David Noble. «Fueron compradas en grandes cantidades para suprimir la competencia», lo cual resultó en «la supresión del propio invento»x. Edwin Prindle, un abogado especializado en patentes empresariales, escribía en 1906: Las patentes son el medio más eficaz de controlar a la competencia. A veces dan un control absoluto del mercado, permitiendo a su dueño fijar el precio sin relación alguna con el coste de producción […] Las patentes son la única forma legal de conseguir un monopolio absoluto.[30]

Las patentes tuvieron un papel clave en la formación de las industrias de electrodomésticos, telecomunicaciones y químicas. General Electric y Westinghouse pasaron a dominar las manufacturas eléctricas en la entrada del siglo XX mediante el control de patentes. En 1906 llegaron a un acuerdo para evitar más litigios de patentes mediante un acuerdo de licencias cruzadas. AT&T[31] también se expandió «fundamentalmente mediante estrategias de monopolio de patentes». La industria química estadounidense era poco importante

[28] Chris Lewis, Public Assets, Private Profits.

[29] Benjamin Grove, Gibbons backs drug--monopoly bill. x David Noble, America by Design, págs. 84-109.

[30] Ibídem, pág. 90.

[31] AT&T, el monopolio de la telefonía en Estados Unidos por excelencia (Nota de Joaquín Padilla).

hasta 1917, cuando el Fiscal General Mitchell Palmer expropió patentes de empresas alemanas y las distribuyó entre las grandes empresas químicas nacionales. DuPont obtuvo 300 de las 735 patentes confiscadas.[32]

Las multinacionales están utilizando las patentes para asegurarse un monopolio permanente de las tecnologías productivas. Las cláusulas más draconianas de la Ronda Uruguay del GATT están probablemente en el área de la «propiedad intelectual». El GATT ha extendido el alcance y la duración de las patentes mucho más allá de lo que se imaginó en la ley de patentes primigenia. En Inglaterra se concedían por un periodo de 14 años, lo necesario para entrenar a dos obreros sucesivamente y, por analogía, el tiempo necesario para entrar en producción y llevarse el beneficio extraordinario por ser el primero en el mercado. Según ese estándar, dados los periodos más cortos de formación laboral y de ciclos de tecnología existentes, el periodo de validez de las patentes debería ser menor. Sin embargo, Estados Unidos busca extenderlas hasta los 50 años.[33] Según Martin Khor Kok Peng, EE. UU es el participante más maximalista, que busca lograr protección de patentes en procesos biológicos que afectan a animales y plantas.[34]

Estas provisiones para la biotecnología son en verdad una forma de incrementar las barreras al comercio, y de obligar a los consumidores a subsidiar las actividades de agroindustria de las multinacionales. Estados Unidos busca aplicar patentes a los organismos con

[32] Ibídem, págs. 10, 16.

[33] Raghavan, Recolonization, págs. 119-120.

[34] Khor Kor Peng, The Uruguay Round and Third World Sovereignty, pág. 28.

modificaciones genéticas, pirateando el trabajo de generaciones de agricultores del tercer mundo que han ido aislando los genes beneficiosos mediante sus métodos tradicionales para incorporarlos a sus productos con modificaciones genéticas, incluso llegando a usar sus derechos de patente para expulsar a los agricultores cuya variedad era la fuente original de ADN. Por ejemplo, Monsanto ha tratado de usar como prueba prima facie de piratería la presencia de ADN de sus cosechas en las de agricultores tradicionales vecinos, cuando lo más probable es que ese proceso se produjera por polinización cruzada entre las plantas de Monsanto y las normales, contaminando estas últimas sin conocimiento o voluntad del agricultor. Además, la agencia Pinkerton (la misma que se dedicó durante buena parte del siglo pasado a reventar huelgas y a sus organizadores) es una de las principales investigadoras para Monsanto en esos casos. Incluso los matones han tenido que diversificar su negocio para subsistir en la economía global.

El mundo desarrollado ha insistido vehementemente en proteger los sectores que se basan o que producen «tecnologías genéricas», y limitar la difusión de las tecnologías de «usos duales». Por ejemplo, el acuerdo de comercio entre Estados Unidos y Japón sobre semiconductores es un «acuerdo tipo cártel de "comercio controlado"». Qué gran ejemplo de libre comercio.[35]

La ley tradicional de patentes requería que el propietario de una patente creara su invento en el país para recibir la protección. La ley del Reino Unido obligaba a licenciar una patente a los tres años de su obtención si el invento patentado no había sido desarrollado, parcial o totalmente, y si la demanda del producto se veía cubierta

[35] Dieter Ernst, Technology, Economic Security and Latecomer Industralization, en Raghavan, Recolonization, págs. 39-40.

sustancialmente por importaciones; o bien cuando el mercado de exportación no recibía el producto porque el propietario se negaba a licenciar la patente en términos razonables.[36]

Por el contrario, la motivación central del régimen de propiedad intelectual del GATT consiste en cimentar de forma permanente el monopolio de las corporaciones multinacionales sobre tecnologías avanzadas e impedir que surja competencia independiente en el Tercer Mundo. En palabras de Khor Kok Peng, «[lograría] impedir de hecho la difusión de tecnologías hacia el tercer mundo, y daría grandes sumas en royalties a las corporaciones transnacionales a la vez que erradica el desarrollo potencial de tecnología en el Tercer Mundo». Solamente un 1% de las patentes mundiales se poseen en los países del antiguo tercer bloque. De esas patentes del Tercer Mundo concedidas en la década de 1970, un 85% tenían propietarios extranjeros: sin embargo, menos de un 5% se usaron para fines productivos. Como vimos antes, el propósito de tener una patente no es tanto usarla como impedir que otros la usen.[37]

Raghavan resume de forma elegante el efecto sobre los países en vías de desarrollo:

> Dadas las enormes sumas invertidas en I+D y el corto ciclo de vida de algunos de estos productos, los principales países desarrollados están tratando de impedir la aparición de competidores controlando […] los flujos tecnológicos. Se está intentando que la Ronda Uruguay dé como resultado la creación de monopolios de exportación para los países

[36] Raghavan, págs. 120, 138.

[37] Khor Kor Peng, págs. 29-30.

> industrializados y la ralentización o el bloqueo completo de los posibles rivales, sobre todo de los países que están industrializándose. Al mismo tiempo se está buscando exportar al Sur las tecnologías anticuadas del Norte en términos de ingresos rentistas asegurados.[38]

Los sicofantes corporativos acusan a los contrarios a la globalización de ser enemigos del Tercer Mundo, tratando de mantener barreras al comercio para preservar el estilo de vida opulento de Occidente a costa de las naciones pobres. Las medidas comentadas (barreras comerciales) que buscan suprimir la tecnología del Tercer Mundo y mantener a los países del Sur como fuente de mano de obra barata, desmienten rotundamente la motivación «humanitaria» de dichos propagandistas. Esto no es un caso de opiniones enfrentadas o de una comprensión equivocada de los hechos. Más allá de eufemismos, lo que vemos aquí es el Mal puro en acción, la «bota pisando una cara humana para siempre» de Orwell. Si alguno de los arquitectos de esta política cree que lo hace por el bien de la humanidad, eso sólo demuestra la capacidad de la ideología para justificar al opresor y que pueda dormir por la noche.

## 6. INFRAESTRUCTURAS

Que el gasto en transporte y redes de comunicación provenga de las arcas públicas, en lugar de financiarse con impuestos y tasas al usuario, permite a las grandes empresas "externalizar sus costes" en el público y ocultar sus verdaderos costes operativos. Chomsky describe de

[38] Raghavan, pág. 96.

forma muy precisa este modo de amortizar los costes de transporte en el capitalismo de Estado:

Un hecho bien conocido sobre el comercio es que está altamente subsidiado con factores que distorsionan enormemente el mercado. (...) El más obvio es que toda forma de transporte está altamente subsidiada. (...) Ya que el comercio naturalmente requiere del transporte, los costes del transporte entran en el cálculo de la eficiencia del comercio. Pero hay enormes subsidios para reducir los costes del transporte, a través de la manipulación de los costes energéticos y de todo tipo de funciones que distorsionan el mercado ["How Free is the Free Market?"].

Cada oleada de concentración del capital ha tenido lugar a continuación de un sistema de infraestructuras de diverso tipo subvencionado públicamente. Al sistema nacional de ferrocarril, construido en gran parte sobre tierra gratuita o de bajo coste donada por el estado, le siguieron la concentración de la industria pesada, las petroquímicas y las finanzas. Los siguientes grandes proyectos de infraestructuras fueron el sistema nacional de autopistas, comenzando con el sistema de autopistas nacionales diseñadas en los años 20 y culminando con el sistema interestatal de Eisenhower; y el sistema de aviación civil, construido casi enteramente con dinero federal. El resultado fue una concentración masiva en la venta al por menor, la agricultura y el procesamiento de alimentos. El tercer gran proyecto ha sido la infraestructura de la worldwide web, originalmente construida por el Petágono. Permite, por primera vez, la dirección de operaciones globales en tiempo real desde una sede corporativa única, y está acelerando la concentración del capital a escala global. Por citar de nuevo a Chomsky, "La revolución de las telecomunicaciones (...) es (...) otro componente estatal de la economía internacional que no se desarrolló a través del capital

privado, sino a través del público pagando para destruirse a sí mismo (...)." [Class Warfare/Guerra de Clases p. 40]

La economía corporativa centralizada depende para su existencia de un sistema de precios de transporte que está artificialmente distorsionado por la intervención estatal. Para llegar a entender plenamente cuánto depende la economía corporativa de la socialización de los costes de transporte y comunicación, imagina lo que pasaría si los impuestos sobre el combustible para camiones y aviones se subiesen lo suficiente como para pagar el coste completo del mantenimiento, así como el coste de la construcción de nuevas autopistas y aeropuertos; o lo que pasaría si se eliminaran las desgravaciones al agotamiento de los recursos fósiles. El resultado sería un incremento masivo en los costes de transporte. ¿Hay alguien que crea seriamente que Wal-Mart podría continuar vendiendo más barato que los minoristas locales, o que los agronegocios corporativos podrían destruir el modelo de agricultura familiar? Los libertarios de derechas intelectualmente honestos reconocen todo esto sin problema. Por ejemplo, Tiber Machan escribía en The Freeman que

> Algunos dirán que la estricta protección de los derechos [contra las expropiaciones] conllevaría aeropuertos pequeños, en el mejor de los casos, y muchas restricciones a la construcción. Por supuesto – pero, ¿qué hay de malo en eso?
>
> Quizá lo peor de la moderna vida industrial ha sido el poder de las autoridades políticas de conceder privilegios especiales a algunas empresas para violar los derechos de terceros cuyo permiso sería demasiado caro de obtener. La necesidad de obtener ese permiso en efecto obstaculizaría lo que la

> mayoría de los ecologistas ven como industrialización desenfrenada – ciertamente temeraria.
>
> El sistema de derechos de propiedad privada – en el que (...) toda (...) forma de (...) actividad humana debe llevarse a cabo dentro de la propia esfera de cada uno excepto cuando la cooperación con otros se ha ganado voluntariamente – es el mayor moderador de las aspiraciones humanas (...) En pocas palabras, la gente puede alcanzar objetivos que no puede alcanzar con sus propios recursos solamente convenciendo a otros, a través de argumentos e intercambios justos, de que cooperen ["On Airports and Individual Rights"/"Sobre Aeropuertos y Derechos Individuales"].

Los atascos y cuellos de botella en el sistema de transporte son un resultado inevitable de los subsidios. Aquellos que debaten el motivo por el que se apilan los aviones en el aeropuerto de O'Hare[39] o condenan el hecho de que las autopistas y puentes se deterioren en ocasiones antes de que se hayan tenido en cuenta las reparaciones en el presupuesto, sólo necesitan leer un texto de introducción a la economía.[40] Los precios de mercado son señales que relacionan la

[39] Aeropuerto internacional de Chicago (nota de Alberto Jaura).

[40] Llama la atención que Carson no tome en cuenta el transporte marítimo, que implica buena parte del tráfico mundial de mercancías y cuenta con subvenciones amplias. Además de las infraestructuras portuarias y las ayudas públicas a la construcción naval, los Estados dedican cantidades ingentes a la investigación en mejorar los medios de transporte.

Véase, por ejemplo, el enorme esfuerzo de la Unión Europea por desarrollar tecnología para barcos no tripulados: http://www.transport-research.info/web/projects/project_details.cfm?id=45031. Desde luego, el mutualismo no tiene nada contra la investigación voluntaria, pero es algo muy

oferta con la demanda. Cuando los subsidios distorsionan estas señales, el consumidor no percibe los verdaderos costes del bien que consume. El "bucle de retroalimentación" se rompe, y las demandas sobre el sistema lo saturan más allá de su capacidad de respuesta. Cuando la gente no tiene que pagar el coste real de lo que consume, les importa poco llevar cuidado en usar sólo lo que necesiten.

Es interesante que toda gran acción antimonopolio de este siglo ha involucrado o bien algún recurso energético básico, o algún tipo de infraestructura de la que dependa toda la economía. Standard Oil, AT&T y Microsoft han sido todos casos en los que la manipulación de precios se convirtió en un peligro para la economía en su conjunto. Esto hace recordar la observación de Engels de que el capitalismo avanzado alcanzaría una etapa en la que el estado – "el representante oficial de la sociedad capitalista" – tendría que convertir "las grandes instituciones de interacción y comunicación" en propiedad del estado. Engels no pudo prever el uso de acciones antimonopolio para lograr el mismo fin [Anti-Dühring].

## 7. KEYNESIANISMO MILITAR

Los sectores líderes de la economía, incluyendo el de la cibernética, las comunicaciones y la industria militar, tienen sus ventas y beneficios virtualmente garantizados por el Estado. El sector productivo por entero fue permanentemente expandido más allá de lo comprensible por la inyección de dinero federal durante la Segunda Guerra Mundial. En 1939 la totalidad de las plantas de producción industrial de los Estados Unidos estaba valorada en 40 mil millones de dólares y, hacia

---

distinto cuando se realiza a costa del contribuyente y de acuerdo con los intereses de la élite estatal-corporativa (nota de Víctor Logos).

1945, se invirtieron otros 26 mil millones de dólares en plantas y maquinaria, "dos tercios de los cuales fueron pagados directamente con fondos del gobierno." Las 250 principales empresas de 1939 poseían el 65% de las plantas y de la maquinaria, y durante la guerra sólo estaban operativas el 79% de las nuevas instalaciones construidas con fondos gubernamentales [Mills, The Power Elite p. 101].

El número de máquinas herramienta fue considerablemente ampliado durante la guerra. En 1940, el 23% de las que se encontraban en uso tenía menos de 10 años, mientras que hacia 1945 la cifra había crecido hasta el 62%. La industria se contrajo rápidamente después de 1945, y probablemente habría entrado en depresión, si acaso durante la guerra de Corea y la Guerra Fría no hubiera vuelto a los niveles de producción de la Segunda Guerra Mundial.

El complejo I+D fue igualmente una creación de la guerra. Entre 1939 y 1945 se amplió de un 1% a un 83% la parte de los gastos en investigación de AT&T procedente de contratos gubernamentales, y se donó a la industria más del 90% de las patentes que resultaron de la investigación llevada a cabo durante la guerra con financiación gubernamental. La industria moderna de la electrónica fue mayormente un producto del gasto público en la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría (p. ej., la miniaturización de circuitos para detonadores de bombas de proximidad, ordenadores de altas prestaciones usados para dispensar órdenes y para el control, etc.) [Noble, Forces of Proudction pp. 8-16].

La industria de aviones jumbo nunca habría aparecido sin los continuos niveles de gasto militar de la Guerra Fría. Las máquinas herramienta necesarias para producir grandes aviones eran tan complejas y caras que ningún "pequeño pedido en tiempos de paz" habría provisto de una producción suficiente como para costearlas: sin los enormes pedidos militares simplemente no habrían existido.

La industria aeronáutica caminó por la cuerda floja después de 1945 y estaba casi en bancarrota a comienzos de 1948, cuando apareció el miedo a la guerra, después del cual la resucitó Truman a base de subvenciones masivas. Hacia 1964, el 90% del I+D de la industria aeroespacial estaba financiado por el gobierno, vertiéndose fondos de forma masiva en las industrias de la electrónica y de la maquinaria entre otras [Noble, Forces of Production pp. 6- 7; Kofsky, Harry S. Truman and the War Scare of 1948].

## 8. OTRAS SUBVENCIONES

Los gastos militares y en infraestructuras no son los únicos ejemplos del proceso por el cual se socializan los costes y riesgos, mientras se privatizan los beneficios – o, como decía Rothbard, el proceso por el cual "nuestro estado corporativo usa el poder coercitivo de los impuestos bien para acumular capital corporativo o para reducir los costes corporativos" ["Confessions of a Right- Wing Liberal" / "Confesiones de un Liberal de Derechas"]. Algunas de estas prácticas con las que el gobierno asume costes y riesgos son ad hoc y están orientadas a industrias específicas.

Entre los grandes beneficiarios de estas ayudas está la industria eléctrica. Cerca del 100% de toda la inversión en investigación y desarrollo en energías nucleares se hace a través del Estado, con su programa militar de reactores, o bien a través de las enormes subcontratas de I+D; el Estado renuncia a los cargos por el uso de combustible nuclear, subsidia la producción de uranio, provee acceso a tierras estatales a precios inferiores al de mercado (y construye cientos de kilómetros de rutas de acceso a cargo del contribuyente), enriquece el uranio, y se hace cargo de los residuos a precio de ganga. La Ley Price-Anderson [Price-Anderson Act] de 1957 limitó la

responsabilidad de la industria de la energía nuclear, y se la transfirió al gobierno por encima de cierto nivel [Adams and Brock pp. 279-281]. Un representante de Westinghouse admitía en 1953,

> Si quieres averiguar si Westinhouse consideraría poner su propio dinero (…), nuestra respuesta sería "no". El costo de la planta sería un interrogante hasta después de haberla construido para, sólo entonces, hallar la respuesta. No estaríamos seguros de si la planta funcionaría con éxito hasta después de haber hecho todo el trabajo y haberla operado con éxito (…) Sería una situación de incertidumbres crecientes (…) Hay una distinción entre asumir riesgos y ser temerario [Íbid. pp. 278-279]

Esto en cuanto al beneficio como recompensa por el riesgo asumido por el empresario. Estos "empresarios" obtienen sus beneficios de la misma manera que un cortesano del siglo XVII, ganándose el favor del rey. Como dice Chomsky,

> los sectores de la economía que permanecen competitivos son aquellos que se alimentan a través de las arcas públicas (…) Las glorias de la Libre Empresa proporcionan un arma útil contra las políticas de gobierno que podrían beneficiar a la población general. (…) Pero los ricos y los poderosos (…) se han dado cuenta desde hace mucho de la necesidad de protegerse de las fuerzas destructivas del capitalismo de libre mercado, que puede proporcionarles temas adecuados para una oratoria vehemente, pero sólo en tanto que el auxilio público y el aparato regulador y proteccionista estén asegurados, y el poder del estado está ahí cuando se le necesita (Chomsky, Deterring Democracy/Impidiendo la Democracia p- 144).

Dwayne Andreas, el CEO de Archer Daniels Midlands, admitía que "no hay un grano de nada en el mundo que se venda en el mercado libre. Ni uno. El único lugar donde ves un mercado libre es en los discursos de los políticos." [Don Carney, "Dwayne's World" /" El Mundo de Dwayne"].

Las grandes empresas también disfrutan de apoyo financiero a través del código fiscal. Es probable que la mayor parte de los Fortune 500 se fueran a la bancarrota sin las políticas del Estado del bienestar corporativo. Las exenciones de impuestos federales directos a las empresas en 1996 fueron de cerca de 350.000 millones de dólares [basándome en mis propios cálculos con los números de Zepezauer y Naiman, Take the Rich Off- Welfare/Saca a los Ricos del Estado del Bienestar]. Esta cifra, relativa sólo al bienestar corporativo federal, es más de dos tercios de los beneficios corporativos en 1996 (460.000 millones de dólares) [Resumen Estadístico de los Estados Unidos 1996].

Es bastante difícil tener una imagen gráfica de las estimaciones de las exenciones locales y de los estados, ya que varían no sólo con la definición subjetiva de "bienestar corporativo" que tiene cada crítico, sino que hay que tener en cuenta los códigos fiscales de cincuenta estados y los archivos públicos de miles de municipios. Por otro lado los caciques de los gobiernos estatales y locales se avergüenzan de los acuerdos generosos que dan a sus colegas corporativos. En mi propio estado de Arkansas, el incorruptible predicador baptista que lleva el cargo de gobernador se opuso a un proyecto de ley que requería informes públicos trimestrales al Departamento de Desarrollo Económico sobre sus exenciones especiales de impuestos a las empresas. "[M]antener los registros de incentivos lejos del escrutinio público es importante para atraer negocios", y revelar "información privada" podría tener un "efecto disuasorio". [Arkansas Democrat-

Gazette 3 feb. 2001]. Pero el bienestar estatal y local puede perfectamente llegar a una cifra comparable al federal.

Tomadas en conjunto, las exenciones directas a empresas a todos los niveles de gobierno son probablemente del mismo orden de magnitud que los beneficios corporativos. Y esto subestima el efecto del Estado del bienestar corporativo, ya que beneficia desproporcionadamente a un puñado de macroempresas en cada industria. Por ejemplo, la depreciación acelerada favorece que las empresas ya existentes se expandan. A las nuevas empresas les sirve de poco, ya que es probable que pierdan dinero durante sus primeros años. Una empresa asentada, sin embargo, puede generar pérdidas en una nueva inversión y contabilizar la depreciación acelerada en los beneficios de sus instalaciones anteriores [Baratz, "Corporate Giants and the Power Structure" / "Gigantes Corporativos y la Estructura de Poder"].

El más indignante de estos incentivos fiscales es el subsidio a las transacciones financieras, que es una fuente real a la hora de concentrar el capital. La deducción del interés sobre la deuda corporativa, la mayor parte de la cual se utiliza en compras apalancadas y adquisiciones, le cuesta al tesoro más de 200.000 millones de dólares al año [Zepezauer p. 122-123]. Sin esta deducción, la ola de fusiones de los 80, o las megafusiones de los 90, puede que nunca hubiera ocurrido. Sobre todo, actúa como un subsidio directo masivo a la banca, incrementando el poder del capital financiero en la economía corporativa hasta un nivel no visto desde la época de Morgan. Un subsidio íntimamente relacionado con esto es la exención fiscal en caso de las ganancias del capital sobre las transacciones de valores implicadas en fusiones corporativas (es decir, las "stock swaps" o intercambio de acciones) – incluso a pesar de que se pagan primas habitualmente muy por encima del valor de mercado de las acciones [Green p.11]. La reforma financiera de 1986 incluía una

cláusula que impedía a las corporaciones deducir las tasas de los bancos de inversión y los asesores que tomaran parte en las compras apalancadas. El incremento del salario mínimo de 1996 derogó esa cláusula, con una excepción: se eliminaron las deducciones del interés cuando eran los empleados quienes compraban las acciones [Judis, "Bare Minimum" / "Lo Mínimo"].

Libertarios de derechas como Rothbard objetan que no se puede clasificar como subsidio a los incentivos fiscales. Ello presumiría que el dinero de los impuestos pertenece legítimamente al Estado, cuando en realidad éste sólo les está dejando con aquello que por derecho les pertenece. El código fiscal es ciertamente injusto, pero la solución sería eliminar los impuestos para todo el mundo, no nivelar el código [Rothbard, Power and Market/Poder y Mercado p.104]. Se trata de un argumento débil. Los partidarios de la reforma fiscal de los 80 insistían en que el único fin legítimo de los impuestos era el de obtener ingresos fiscales, no el de utilizarlos como un medio de ingeniería social. Y, dejando de lado las nimiedades semánticas, el actual sistema fiscal sería exactamente el mismo si todos empezáramos con cero impuestos y luego implantásemos un impuesto punitivo sólo sobre aquellos realizan actividades no favorecidas por el gobierno. En todo caso, esta política fiscal irregular da una ventaja competitiva a las industrias privilegiadas.

## 9. REPRESIÓN POLÍTICA

En épocas de elevada concienciación y movilización social, cuando el sistema capitalista afronta grandes amenazas políticas, el estado opta por la represión hasta que haya pasado el peligro. Goldstein escribió en su momento sobre las grandes olas de movilizaciones en este país, como la reacción tras la revuelta obrera de Haymarket y los temores

rojos surgidos tras las dos guerras mundiales.[41] No obstante, la ola de represión que comenzó en la década de 1970, si bien ha sido menos intensa, sí se ha institucionalizado de forma permanente hasta un extremo desconocido hasta entonces.

Hasta finales de la década de los 60 la perspectiva de las élites se gobernaba por la idea del contrato social surgida del New Deal. El Estado corporativo adquiría estabilidad y respaldo popular para la explotación imperialista de los países del exterior garantizando un cierto nivel de prosperidad y seguridad para la clase media. A cambio de mayores salarios, los sindicatos mantenían el control de los trabajadores. Sin embargo, desde la era de la guerra en Vietnam el pensamiento de dichas élites sufrió un cambio fundamental. La experiencia de esa década les hizo concluir que ese contrato social había fracasado. Como respuesta a las protestas contra la guerra y a los motines raciales, Lyndon Johnson y Richard Nixon empezaron a crear un marco institucional favorable a la ley marcial para garantizar que cualquier desorden futuro pudiese manejarse de forma diferente.

La operación GARDEN PLOT de Johnson se plasmó en medidas como la vigilancia doméstica por parte del ejército, planes de contingencia para la cooperación entre ejército y policía local para erradicar la disidencia en los cincuenta estados, maniobras conjuntas entre ambos cuerpos y planes para realizar detenciones preventivas en masa.[42] El entonces gobernador Reagan y su jefe de la Guardia Nacional, Louis Giuffrida, apoyaron de forma decidida las medidas de GARDEN PLOT en California. Reagan también fue pionero en la creación de equipos SWAT casi militarizados, que hoy se pueden ver

[41] Robert Goldstein, Political Repression in Modern America: from 1870 to 1976.

[42] Frank Morales, U.S Military Civil Disturbance Planning.

en todas las grandes ciudades. Las oleadas de huelgas fuera del control sindical ocurridas durante principios de los 70 mostraban que los sindicatos no podían mantener su parte del trato y que el contrato social tendría que ser alterado. Al mismo tiempo la prensa económica se llenaba de artículos sobre la «escasez de capital» y de llamadas a derivar recursos del consumo hacia la acumulación de capital. De forma clara se entendió que un tope para los salarios reales sería difícil de vender a la opinión pública en el ambiente político del momento.[43] El ensayo de Huntington et al., La crisis de la democracia, encargado por la Institución Trilateral (representante del pensamiento de las élites), expresaba tal idea: en él se mantenía que el sistema amenazaba ruina por el exceso de demanda agregada generado por un exceso de democracia.

Las corporaciones aprovecharon todas las posibilidades de sabotear la acción obrera que les brindaba el Acta Taft-Heartley, arriesgándose a simples multas decorativas por parte de la Mesa Nacional de Relaciones Laborales [NLRB en inglés]. Los recursos de la dirección corporativa destinados a la vigilancia y al control de los trabajadores se dispararon como consecuencia del descontento de éstos por el estancamiento de los salarios y el alargamiento de las jornadas laborales.[44] La participación de los salarios en el valor añadido no ha hecho sino caer fuertemente desde la década de 1970: todos los incrementos de productividad se han dirigido a los beneficios y a la inversión en lugar de a los salarios. El nuevo rearme militar de la Guerra Fría llevó a transferir más recursos públicos a la industria pesada.

[43] Harry Boyte, Backyard Revolution, págs. 13-16.

[44] David Gordon, Fat and Mean: The Corporate Squeeze of Working Americans and the Myth of Managerial "Downsizing".

Una serie de procesos históricos como la caída de Saigón, el Movimiento de Países No Alineados y el surgimiento del nuevo orden económico internacional se entendieron como señales de que el imperio de las corporaciones multinacionales estaba perdiendo el control. La escalada de intervenciones de Reagan en América Central respondió en parte a esa percepción. Aún de forma más crucial, la Ronda Uruguay del GATT logró sacar una victoria in extremis: liquidó las barreras que quedaban para que las multinacionales compraran economías nacionales enteras, proporcionó a Occidente un control de monopolio sobre la tecnología moderna, y creó un gobierno mundial que respondiese a los intereses de las corporaciones globales.

Mientras tanto los Estados Unidos estaban, en palabras de Richard K. Moore, importando técnicas de control social de la periferia del imperio hacia el centro. Con la ayuda de la guerra contra las drogas y el estado de emergencia nacional permanente se pudo incrementar el aparato represivo. La primera ha convertido la Cuarta Enmienda en papel higiénico: la posibilidad de efectuar confiscaciones basadas en soplos carcelarios permite a la policía robar propiedades sin presentar cargos contra nadie, lo cual genera una lucrativa fuente de ingresos para pagar helicópteros y chalecos de kevlar. El éxito de los SWAT ha llevado a la militarización de las fuerzas de policía local, y el entrenamiento conjunto con el ejército ha llevado a que muchos departamentos de policía consideren su jurisdicción un territorio enemigo ocupado[45] . Giufrrida, el compinche de Reagan, reapareció como jefe de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias [FEMA en inglés], en la que trabajó codo con codo con Oliver North para refinar el viejo GARDEN PLOT. North, como enlace del Consejo de Seguridad Nacional con la FEMA entre 1982 y 1984,

[45] Diane C. Weber, Warrior Cops: The Ominous Growth of Paramilitarism in American Police Departments, publicado por el Cato Institute.

desarrolló un plan para «suspender la constitución en el caso de que suceda una crisis nacional, como pueden ser una guerra nuclear, el surgimiento de movimientos disidentes violentos a nivel nacional o la oposición nacional a una invasión del ejército de los Estados Unidos contra un país extranjero»[46] . GARDEN PLOT fue llevado a cabo durante los motines de Rodney King en Los Ángeles y en las recientes protestas antiglobalización. El destacamento especial Delta Force proporcionó inteligencia y apoyo en esos lugares y en el asedio de Waco.[47]

Otra novedad ha sido el de hacer de todo aquel con quien nos relacionemos un potencial agente de policía. Los bancos informan de movimientos sospechosos de efectivo; las tiendas comunican a la policía compras de objetos que potencialmente podrían usarse para fabricar drogas; las bibliotecas sufren presiones para pasar información sobre quién lee material subversivo; incluso los niños pueden ser informantes a través de programas como el de Educación y Resistencia frente al Abuso de Drogas [DARE en inglés].

En el ámbito informático el potencial de vigilancia llega a términos orwellianos. Los procesadores Pentium III de Intel introducían metadatos identificativos en cada documento que se escribía con ellos. Las fuerzas policiales están experimentando con combinaciones de cámaras de vigilancia, tecnologías de reconocimiento facial y bases de fotos digitales. La empresa Image Data LLC, dedicada a comprar

[46] Alfonso Chardy, Reagan Aides and the "Secret" Government. xxv Emily Rosenberg, The Empire Strikes Back; Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, The Jackboot State.

[47] Emily Rosenberg, The Empire Strikes Back; Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, The Jackboot State.

fotos de carnés de conducir por todos los Estados Unidos, fue desenmascarada como una empresa-pantalla del Servicio Secreto.

## 10. CONCLUSIÓN

Quizá sería demasiado fácil traer una vez más a colación a Bob Novak y al Secretario Paul O'Neill, pero no puedo resitirlo. «¿Guerra de clases marxista?» «¿Retórica de patrones explotadores?» En las páginas que preceden a este punto se ha detallado la guerra de clases que los propios patrones explotadores han estado librando contra la gente. Si los de su calaña se ponen a chillar como cerdos cuando hablamos de clases, es porque se les ha expuesto como tales. Todo el pataleo del mundo no cambia los hechos.

¿Cuáles son las implicaciones de estos hechos para nuestro movimiento? Es conocido que la economía señorial tuvo su origen en la fuerza. Si bien nunca encontraremos el tema en la obra de Milton Friedman, los libertarios de derechas honestos como Rothbard reconocen el rol del Estado en crear el feudalismo europeo y el sistema esclavista americano. Rothbard llegó a la conclusión obvia al reconocer que los siervos y esclavos liberados tienen derecho a «tomar sus cuarenta acres y su mula» sin compensar al terrateniente.

No obstante, hemos visto que el capitalismo industrial se funda en la fuerza del mismo modo que lo hacen el feudalismo o el esclavismo de la plantación. Como sus predecesores, el capitalismo no podría haber sobrevivido en ningún momento de su historia sin la intervención del estado. A cada paso se han ido implantando medidas coercitivas para privar a los trabajadores de acceso al capital, obligarles a vender su trabajo en un mercado favorable a los compradores, y para proteger a los centros de poder económico de los peligros del libre mercado.

Citando de nuevo a Benjamin Tucker, los terratenientes y capitalistas no pueden extraer plusvalías de los trabajadores sin ayuda del estado. El trabajador moderno, como el esclavo o el siervo, es víctima de robos constantes y sistemáticos: trabaja en un sistema empresarial edificado sobre el robo del trabajo de sus antepasados. Bajo el mismo principio que Rothbard reconoció en el caso del agro, el trabajador moderno está justificado para tomar el control directo de la producción y obtener el fruto íntegro de su trabajo.[48]

Cada subsidio y privilegio descrito anteriormente es en realidad una forma de esclavitud. Ésta consiste, resumidamente, en el uso de la coacción para vivir a costa del trabajo ajeno. Por ejemplo, piénsese en el trabajador que paga 300 dólares al mes por un medicamento patentado que costaría 30 en el mercado libre. Si se le paga 15 dólares la hora, esas 18 horas que trabaja cada mes para pagar la diferencia son esclavitud. Cada hora destinada a pagar intereses usurarios de una hipoteca o tarjeta de crédito es esclavitud. Cada hora dedicada a pagar costes de marketing y distribución (que alcanzan la mitad del precio de venta) por culpa de los privilegios otorgados a la centralización económica es esclavitud. Cada hora adicional que alguien ha de trabajar para cubrir sus necesidades básicas, porque el estado inclina

[48] Esta frase puede dar lugar a malentendidos. Carson no se refiere a una expropiación general de los medios de producción, ideal injusto y liberticida que los mutualistas siempre han rechazado, sino a: 1) la autogestión o mutualización por sus trabajadores de las grandes empresas que deben su posición de mercado directamente al privilegio del Estado, como en el caso de las compañías eléctricas y telefónicas en España, o el complejo militar-industrial en América; 2) la expropiación de los terratenientes por sus trabajadores, que en el caso de Latinoamérica y el sur de España involucra casi toda la propiedad de la tierra; y 3) la abolición de toda barrera, monopolio o privilegio por el cual se obstaculiza que los trabajadores funden sus propias empresas (nota de Víctor Logos).

la balanza en favor de los jefes y le obliga a vender su trabajo por menos de lo que vale, también es esclavitud.

Todas estas formas de esclavitud posiblemente lleguen a la mitad del horario laboral. Si conservásemos el fruto íntegro de nuestro trabajo podríamos mantener probablemente nuestros niveles de consumo actuales con jornadas de trabajo de veinte horas. Como dice Bill Haywood, por cada hombre que recibe un dólar que no sudó, hay otro que sudó para producir un dólar que nunca recibió. Nuestra visión también implica dudar del «anarquista» socialdemócrata Noam Chomsky, notorio por su distinción entre visiones y objetivos. Su visión a largo plazo es una sociedad descentralizada de comunidades y centros de trabajo autogestionados y federados libremente, algo que se corresponde con la visión anarquista tradicional. Sin embargo, su objetivo inmediato es reforzar el poder regulatorio del estado para romper las concentraciones privadas de poder antes de alcanzar el anarquismo. Pero si, como hemos visto, el capitalismo depende del estado para garantizar su supervivencia, se sigue que para eliminarlo sólo es necesario quitarle el sostén que le proporciona el estado. En una carta de 1867, Friedrich Engels resumía la diferencia entre anarquistas y socialistas estatistas: «Ellos dicen "suprimamos el Estado y el capital se irá al diablo". Nosotros proponemos el proceso inverso». Exactamente.

# JERARQUÍA O MERCADO

En un artículo del pasado mes de junio en Freeman apliqué ya algunas ideas del debate sobre el cálculo económico socialista a la corporación privada, y examiné hasta qué punto esta última es una isla de cálculo caótico en una economía de mercado. Quiero desarrollar esta línea de análisis ahora y aplicar algunas de las perspectivas comunes de libre mercado sobre el conocimiento y los incentivos al funcionamiento de la jerarquía corporativa.

F. A. Hayek usaba en The Use of Knowledge in Society el conocimiento disperso o idiosincrásico —el conocimiento intransferible y situacional que posee cada individuo— como un argumento contra la planificación central del Estado.

El tratado de Milton Friedman sobre "el dinero de otras personas" es bien conocido. La gente es más cuidadosa y eficiente con su propio dinero que con el dinero de otros individuos, al tiempo que también es más cuidadosa gastando en sí misma que en otras personas.

Una tercera idea es que la gente actúa de manera más eficiente cuando se responsabiliza completamente de los resultados positivos y negativos de sus acciones.

La jerarquía de la corporación viola todos estos principios de una forma bastante similar a la burocracia de un Estado socialista. Los superiores toman decisiones acerca de un proceso de producción del que probablemente saben tan poco como el jefe de un antiguo ministerio de industria soviético.

Los empleados de una corporación, desde el Director General hasta el trabajador del taller, están gastando el dinero de otras personas, o usando los recursos de otras personas, para otras personas. Estos directivos, como observaba Adam Smith hace 200 años, son "los directivos del dinero de otras personas más que del suyo propio".

Por su naturaleza, la corporación sustituye lo que Oliver Williamson llama "incentivos de alta potencia" por incentivos administrativos: el esfuerzo y la productividad son separados de la recompensa. Como Ronald Coase observaba hace 70 años,

> "Si un trabajador se mueve del departamento Y al departamento X, no lo hace a causa de un cambio en los precios relativos, sino porque le es ordenado."

Esto puede, pienso, suponer que la marca distintiva de una corporación es la superación del mecanismo de precios. Entonces, ¿por qué se da esta la situación? ¿Por qué la corporación abandona sistemáticamente los conocimientos básicos y los beneficios de empresa de un libre mercado, y se basa en los mismos tipos de planificación centralizada y burocrática que los partidarios del libre mercado correctamente critican en el Estado? ¿Por qué la corporación funciona, a nivel interno, como una isla de operaciones sin mercado?

Un ensayo clásico de C. L. Dickinson, "Free Men for Better Job Performance", que ha sido reimpreso en la misma edición que mi artículo, describe los efectos nocivos de la revolución gerencial y del estilo burocrático en el gobierno corporativo. Dice, citando a Douglas McGregor (El Lado Humano de la Empresa): "muchos directivos están de acuerdo en que podrían duplicar la eficacia de sus organizaciones si pudieran descubrir, al menos, cómo aprovechar el potencial sin explotar de sus recursos humanos."

Desafortunadamente, las condiciones estructurales del actual sistema excluyen, desde un principio, una organización que pueda aprovechar ese potencial. El sistema parte de la herencia de un proceso histórico (llamado "acumulación primitiva" por los historiadores radicales de diversas tendencias) por el cual se robó la tierra de los campesinos a gran escala a inicios de la Edad Moderna. El proceso incluyó la privatización (enclosure) de los campos abiertos (openfields), la anulación jurídica del copyhold y otros derechos tradicionales de tenencia de la tierra, así como la privatización parlamentaria de la tierra comunal.

Como observaba Murray Rothbard, cuando vemos una mayoría de campesinos pagando una renta a una pequeña clase de "propietarios" para acceder a la tierra que cultivan, seguramente, los cultivadores son los legítimos dueños y los "derechos de propiedad" de los terratenientes son una especie de ficción jurídica feudal derivada de la conquista o el privilegio. El efecto de esta variedad de "reformas agrarias" a inicios de la Era Moderna ha sido el de transformar las tierras poseídas por la oligarquía bajo la ficción legal del feudalismo, en un derecho moderno de libre tenencia, así como en reducir a los legítimos propietarios en potenciales propietarios. El objetivo de estas expropiaciones era el de expulsar de sus tierras a la mayoría de los campesinos, privarles de un acceso independiente a los medios de producción y subsistencia y forzarlos a vender su trabajo en el mercado —al mismo tiempo que la propiedad que les había pertenecido se concentraba en manos de la plutocracia—.

A medida que la revolución industrial se desarrollaba en Inglaterra, el intercambio desigual propiciado por el Estado a través de restricciones a la libertad de movimiento, de asociación y de negociación de las clases trabajadoras, permitió a las clases propietarias una acumulación todavía mayor de riqueza. Entre estas

medidas figuraban las Laws of Settlement (una especie de pasaporte interno que restringía el desplazamiento de trabajadores a otros municipios en busca de mejores salarios) y las Combination Laws.

## 1. CENTRALIZACIÓN SUBSIDIADA

Las barreras de entrada impuestas por el Estado, como la concesión de licencias y los requisitos de capitalización para los bancos, reducen la competencia en la oferta de crédito y aumentan su precio; la adjudicación de títulos artificiales sobre tierras desocupadas y descuidadas tiene un efecto similar. Como resultado, el acceso del trabajo independiente al capital está limitado; los trabajadores tienen que vender su fuerza de trabajo en el mercado; y los trabajadores tienden a competir por los empleos en lugar de los empleos por los trabajadores.

Las subvenciones estatales a la centralización económica y a la acumulación de capital también aumentan artificialmente el uso de capital intensivo y, por ende, la capitalización de la empresa dominante. La consecuencia de estas barreras de entrada es reducir el número de empleadores que compiten por la fuerza de trabajo, al tiempo que aumenta la dificultad de los pequeños propietarios para poner en común su capital y crear empresas competidoras. El legado acumulado de estos actos del Estado a través del robo, y la actual situación de intercambio desigual forzado, determina las bases estructurales básicas de la economía actual. Esto incluye enormes concentraciones de riqueza en pocas manos, capital a gran escala bajo propiedad de inversores ausentes, y una fuerza de trabajo asalariada que trabaja privada de la propiedad de los medios de producción.

Necesariamente, por tanto, los propietarios ausentes tienen que recurrir a los expedientes de la jerarquía y la autoridad de arriba a abajo para obtener el esfuerzo de una fuerza de trabajo que no tiene ningún interés racional en maximizar su propia productividad. El concepto de "satisfacción" de Oliver Williamson es aquí relevante. Los trabajadores tienen interés en mantener solo la productividad suficiente para mantener sus puestos de trabajo y en aumentarla lo suficiente para recibir las limitadas recompensas disponibles, pero no tienen un interés racional en maximizarla per se, porque cualquier aumento adicional en la productividad por encima del mínimo será probablemente apropiado por la dirección.

La jerarquía necesariamente se traduce en un divorcio entre el esfuerzo y la recompensa y el conocimiento productivo y la autoridad. Cada peldaño de la autoridad interfiere en los esfuerzos de aquellos que saben más acerca de lo que están haciendo; cada peldaño de la autoridad solo recibe la información filtrada desde la base fundada en lo que quiere oír, y cada peldaño de la autoridad es responsable solo ante aquellos que están más arriba en la cadena de mando, que son menos responsables y están menos en contacto con la realidad. La jerarquía, en definitiva, es una ilustración de libro de la situación de suma cero que tiene lugar al sustituir las relaciones de mercado por las relaciones de poder.

La solución obvia, esto es, la cooperativa de trabajadores, acabaría con la abrumadora mayoría de problemas de agencia y conocimiento de la corporación jerárquica al unir autoridad con conocimiento y esfuerzo con recompensa, como una espada cortando el nudo gordiano. El conocimiento distribuido entre quienes se dedican a la producción se aplicaría directamente sobre el proceso de producción bajo su propia autoridad, sin la intervención de equipos de sugerencias y "comités de inspección de la calidad". El problema de ingeniería

social sobre salarios y beneficios a fin de "animar a la gente a trabajar" desaparecería: la eliminación de privilegios e ingresos no ganados, así como la percepción del producto completo por los trabajadores, recompensará a los mismos directamente en función de su esfuerzo.[49] Pero esta solución está descartada por los mismos supuestos estructurales del sistema: riqueza concentrada y propiedad ausente. Por lo tanto, la corporación jerárquica termina adoptándose como una especie de recurso de Rube Goldberg; los medios disponibles más racionales han dado presupuestos fundamentalmente irracionales.

## 2. MERCADO EN EL EXTERIOR, PLANIFICACIÓN EN EL INTERIOR

La jerarquía corporativa también interfiere en la eficiencia de otra forma: mediante la sustitución de las relaciones de mercado por la planificación. Internamente, la corporación sustituye los intercambios de mercado por la planificación central. Los precios simulados que se establecen a través de un sistema de contabilidad interna son necesariamente, ficticios. Incluso cuando utilizan los precios exteriores del mercado como una aproximación, las condiciones en las que se han formado los precios externos no coinciden con las

[49] Nótese que si la gran corporación jerárquica y la cooperativa de trabajadores son dos extremos; un libre mercado radical puede conocer toda una variedad de experiencias sin agotarse en la forma jurídica cooperativa. Es muy probable que, como el propio Carson reconoce en Iron Fist, muchos trabajadores sigan trabajando a cambio de un salario, si bien en empresas donde la distinción entre asalariados y empresarios es mucho más difusa que en la actualidad debido a la participación en los beneficios y en la gestión. Como decíamos antes, 3M, Valve, Semco o Google serían ejemplos de esta vía. Carson se refiere a ellos como liberal enterprises en su Organization Theory, pp. 525-526 (nota de Víctor Logos).

relaciones de oferta y demanda dentro de la corporación. Pero más a menudo, los precios de transferencia interna se asignan a bienes que no están en el mercado externo, como los bienes intermediarios exclusivos a una empresa; en cuyo caso, los precios se basan en el coste más el margen de beneficio. Como ha observado Seymour Melman en el caso de los contratistas del Pentágono (la economía de guerra permanente), la asignación del precio de costo crea incentivos perversos para maximizar, en lugar de reducir al mínimo, los costes.

El ideal, en términos de eficiencia, es la asignación de los bienes enteramente a través de un auténtico mecanismo de precios, con el mínimo de integración vertical. En la medida en que el proceso de producción implica una serie de medidas concretas y divisibles, la mejor forma de evitar problemas de información e incentivos es separar los pasos en contratos separados y específicos, organizados por empresas separadas, bajo la forma interna de una cooperativa de trabajadores.

Cada paso, aunque es percibido como una caja negra por aquellos que se encuentran en el exterior, desde una perspectiva interna puede ser considerado en condiciones ideales agregando toda la información relevante en manos de quienes toman las decisiones. En un régimen de autogestión empresarial, los mismos gerentes electos que consideran los precios relativos de los diferentes insumos productivos, así como el precio del producto final, participan a su vez en el proceso de producción en el que se están utilizando los insumos. Ellos son por tanto los más cualificados, de entre todas las personas, para decidir tanto la prioridad relativa de los insumos productivos que deberían ser economizados como de los métodos de organización de la producción técnicamente más eficaces con el fin de economizar los insumos (esto es, combinan las funciones "empresarial" y "técnica" de

Mises sin la intermediación de varios peldaños de jefes. N: pointy haired boss).

También es importante notar que, al contrario que una unidad de producción bajo la jerarquía corporativa, los trabajadores encargados de la producción en una cooperativa internalizan todos los costes y beneficios de sus decisiones productivas. A diferencia de lo que ocurre en una jerarquía corporativa, no hay conflicto de intereses debido a las decisiones de una gerencia cuyo objetivo consiste en capturar los beneficios derivados de aumentar la productividad, mientras que los trabajadores sólo sufren mayores presiones y recortes de personal. Para una unidad autogestionada de producción, cualquier decisión relativa a los métodos de producción implicará sopesar los costes y beneficios, todos ellos internalizados por quienes toman las decisiones (es decir, los propios trabajadores).

Por otro lado, desde una perspectiva exterior al proceso, las empresas contratistas están en posición de hacer virtud de la necesidad al tratar cada paso concreto de la producción —organizado por una empresa diferente— como una caja negra. El contratista externo y la jerarquía corporativa interna desconocen de un modo similar lo que ocurren en el interior de la caja negra. La diferencia es que un contratista externo, al contrario que los burócratas de la jerarquía corporativa, no tiene necesidad de conocer qué está sucediendo en el proceso de producción interno, al tiempo que no tiene poder para interferir en aquello que no entiende sobre el mismo. En la medida que se especifiquen los insumos por contrato (probablemente en términos monetarios) y la producción final sea verificable y legalmente ejecutable, lo que sucede dentro de la caja no es problema del contratista.

Si el contrato ideal implica, según Ian R. MacNeil, "un acuerdo claro desde el inicio y unos resultados fáciles de medir en último término",

entonces es mucho más simple y menos costoso controlar simplemente los "ins" y "outs" especificados por contrato que entran y salen de la empresa en lugar de controlar el uso de los insumos a nivel interno dentro del proceso de producción. La parte contratante no tiene la necesidad de preocuparse por la eficiencia interna del proceso de producción, ya que ha subcontratado la responsabilidad sobre las decisiones organizativas de la producción en aquellos que están directamente implicados en la producción. Y la otra empresa, si es propiedad cooperativa de los trabajadores, está especialmente cualificada para organizar la producción de la forma más eficiente, dados unos ins y outs específicos. Tanto la autoridad para organizar la producción como los beneficios productivos derivados de la eficiencia serían internalizados por aquellos que tienen un conocimiento más directo del proceso de producción.

Pero —de nuevo— la intervención del Estado en el mercado plantea obstáculos casi insuperables a esta forma de organización. El Estado promueve artificialmente la jerarquía sobre el mercado al subsidiar los costes de las grandes empresas y protegerlas contra la penalización competitiva que deberían sufrir sus ineficiencias. Subvenciona el transporte a larga distancia y de ese modo infla artificialmente el tamaño de los mercados y de las empresas. Al ofrecer ventajas fiscales para la deuda corporativa y la depreciación del capital (o más apropiadamente, al imponer penalizaciones fiscales sobre aquellos que no participan de tales actividades) promueve las fusiones, adquisiciones y formas de producción excesivamente intensivas en capital con altos costes de entrada. Sus regulaciones cartelizadoras, además, limitan la competencia en torno a las características y la calidad del producto. De ese modo, el límite entre jerarquía y mercado queda artificialmente distorsionado, y las empresas dominantes son considerablemente más grandes, más jerárquicas y

están más integradas verticalmente de lo que estarían en un libre mercado.

Lo que el Estado llama leyes de "propiedad intelectual" son, en realidad, poderosas fuerzas hacia la cartelización. Muchos oligopolios industriales se crearon a través del control de patentes (por ejemplo, AT&T se basó en el sistema de patente de Bell) o el intercambio de los mismos (GE y Westinghouse). Las patentes también permiten a las corporaciones restringir el suministro de piezas de repuesto para sus productos, de modo que la reparación de un aparato o un coche es artificialmente cara en relación a la alternativa de comprar uno nuevo. De esta forma se facilita un modelo de negocio basado en la obsolescencia planificada, las grandes producciones en serie y la distribución forzada.

La "propiedad intelectual" promueve artificialmente la jerarquía incluso en sectores donde el nivel mínimo de capitalización ha dejado de ser una barrera eficaz para el autoempleo. Una de las justificaciones originales de la jerarquía corporativa es que la enorme escala de incluso la mínima capitalización, en la industria del ocio y la información, es una barrera de entrada: para iniciar un periódico, emisora de radio, estudios cinematográficos, editoriales, discográficas es necesario, como mínimo, un desembolso de varios cientos de miles de dólares. El resultado es, necesariamente, que los medios de comunicación y la industria del ocio se han terminado concentrando bajo control de unas pocas corporaciones.

## 3. CAMBIO REVOLUCIONARIO

Pero, como ha observado Yochai Benker en La Riqueza de las redes, la revolución digital ha reducido el coste del equipo básico de capital

—un ordenador personal— a menos de mil dólares. Y el equipo complementario y el software necesario para la publicación, la edición de sonido y el podcasting de muy alta calidad pueden obtenerse por unos cuantos miles de dólares más.

La última fuente de poder de las corporaciones dominantes es el monopolio de la "propiedad intelectual" patrocinado por el Estado —que explica por qué Microsoft, la RIAA y MPAA se han dedicado a promover una legislación de copyright draconiana con tal de protegerse de la competencia de mercado —. El intrusivo DRM (Gestión de Derechos Digitales) que han promovido Microsoft y las compañías de ocio, así como las penas legales para aquellos que lo quebranten, de facto ilegaliza precisamente aquello para lo que están hechos los ordenadores: para replicar e intercambiar información digital. Sin monopolios como el copyright o las patentes, la producción P2P (entre iguales) en manos de trabajadores autoempleados sería habitual en sectores como el software, la música y la industria editorial. (Por cierto, probablemente no sea casual que las industrias que dependen de la "propiedad intelectual" sean los sectores más rentables de la economía global. Se trata de un caso de "ventaja comparativa" artificial, creado por barreras erigidas por el Estado a la difusión del conocimiento y la técnica. Las industrias más rentables son aquellas que derivan sus beneficios de rentas o tributos impuestos al acceso sobre propiedad artificial).

El problema no es la jerarquía en sí, sino las políticas estatales que la hacen prevalecer artificialmente. Sin duda, la producción a gran escala existiría en un libre mercado, así como también algo de trabajo asalariado y propiedad ausente. Pero en un libre mercado la escala predominante de la producción sería mucho más pequeña y el autoempleo y la propiedad cooperativa estarían mucho más generalizados que en la actualidad. El beneficio empresarial sustituiría

las rentas permanentes derivadas de la propiedad artificial y otras formas de privilegio. Si la Revolución industrial hubiera tenido lugar en un verdadero libre mercado, en lugar de en una sociedad caracterizada por el robo y el privilegio estatales, la economía de nuestra época estaría probablemente mucho más cerca de la visión de Lewis Mumford que de la de Joseph Schumpeter y Alfred Chandler.

## USTED ES LIBRE PARA:

**COMPARTIR**— copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

**ADAPTAR**— remezclar, transformar y crear a partir del material para cualquier finalidad, incluso comercial. El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

**RECONOCIMIENTO** — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

**COMPARTIRIGUAL**— Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

## AVISOS:

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

Kevin Carson se ha convertido en los últimos años en uno de los autores libertarios más peculiares y originales, logrando traer a colación autores olvidados como Proudhon o Tucker, y revitalizando la tradición mutualista del siglo XIX con nuevos aportes teóricos y analíticos.

Siguiendo esta línea de pensamiento, y de manera consistente con sus postulados, Carson se encarga de analizar de manera histórica los orígenes del capitalismo, y cómo este se sostiene a día de hoy, concluyendo con ideas bastante chocantes y ruidosas para muchos, pero que mantienen rigurosidad: que en el fondo, el sistema actual está lejos del ideal del libre mercado, y que por contraposición existe una asociación oscura e inmoral entre la clase gobernante y las grandes corporaciones, siendo este un sistema de privilegio y de explotación continua, alejado del ideal genuino de libertad y organización cooperativa y voluntaria.

EDITORIAL
STO